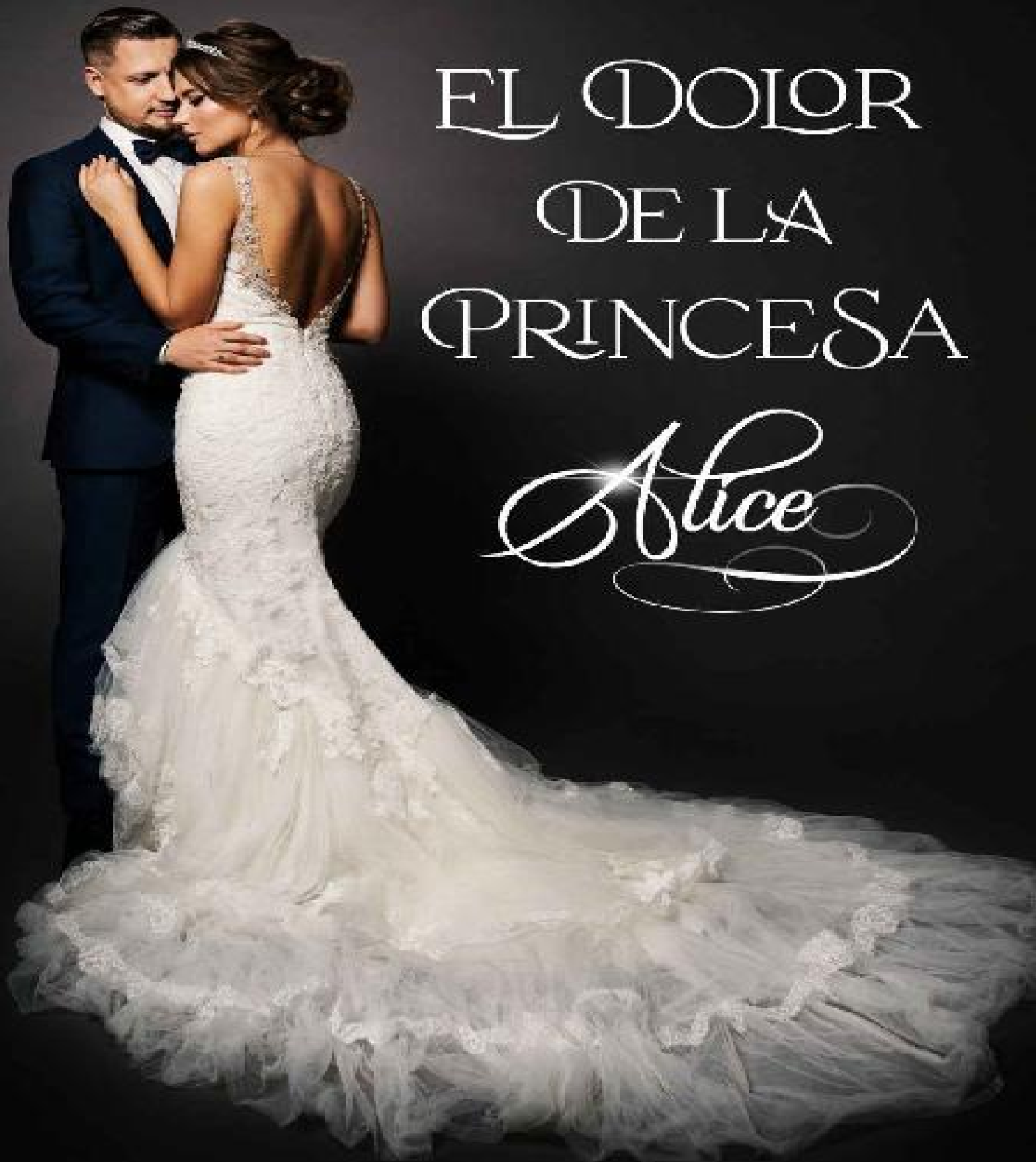


DYLAN MARTINS ~ JANIS SANDGROUSE



EL DOLOR
DE LA
PRINCESA

Alice

EL DOLOR
DE LA
PRINCESA

Alice

DYLAN MARTINS ~ JANIS SANDGROUSE

El dolor de la princesa Alice

Dylan Martins. Janis Sandgrouse

Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Dicimebre, 2020

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

Para nuestras “Chicas de la Tribu”.
Gracias por seguirnos en cada nueva aventura, cada locura,
y por esos ratitos compartidos en el grupo.
Dylan & Janis.

“Todos fuimos dotados con una chispa de locura
¡no la desaproveches!
- Robin Williams -

Capítulo 1



Dolía tanto ese momento que, parecía que me estaban rajando con la hoja de un cuchillo bien afilado mientras miraba por la ventana y comprobaba cómo el jardín del palacio se vestía de gala para nuestro enlace y los invitados se dejaban ver mientras tomaban su primera copa de cava.

Me casaba con Fernán Russ, el príncipe de Arsolla, lo hacía por el pacto que se había llevado a cabo entre nuestras familias desde que yo era bien pequeña.

Hacía unos días que había cumplido los veinticinco años, catorce años menor que él, así que me había preparado toda mi vida para esa boda mientras él iba de flor en flor. Muchas veces fue pillado saliendo en los medios internacionales hasta que anunciaron nuestro compromiso, ese día que yo tanto temía.

Y ahora, después de muchos días de dolor contenido, rabia y decepción, me iba a casar con él, sin amarlo, sin tan siquiera sentir lo más mínimo por aquel príncipe con el que a partir de ahora compartiría mi vida.

No habíamos compartido ni un beso, ni una mirada de complicidad, ni nada que nos hiciera sentir ese día como algo verdadero. Fernán buscaba dar a la sociedad lo que esperaban de él y yo cumplía con lo que mis padres habían decidido por mí, lo que a ellos les hacía feliz sin importar lo que yo sintiera o quisiera.

Había pasado mi primera noche antes del enlace en el palacio de Kilenia, ese que se convertiría en mi hogar a partir de hoy y donde pasaría a convertirme en la Princesa de Arsolla, adquiriendo ese nuevo título que tan poco deseaba.

Mi padre apareció por la habitación con cara de orgullo por haber conseguido a través de su hija, lo que tanto él como mi madre deseaban, yo sonreí con tristeza pues no me salía de otra forma.

—Estás preciosa, hija mía.

—Gracias, padre —me agarré de su brazo y bajamos hacia la capilla de palacio donde se iba a officiar la ceremonia.

Los asistentes me miraban sonrientes, Fernán se metió en su papel y me sonrió con un gesto de felicidad que no se lo creía ni él, pero como todo lo que hacía tenía que ser fingido, hasta lo que se suponía que iba a ser el día más importante de nuestras vidas.

Yo iba a esa boda, como se solía decir, como si me llevaran directa al matadero, o al patíbulo, que para el caso...

Ahí estaba la madre de Fernán, la Reina Amelia de Arsolla. No era una mala mujer, conmigo siempre se portó muy bien, era cariñosa y amable así que al menos con ella podría tener una buena relación.

Lorenzo, padre por horas y rey a tiempo completo como solía decir mi madre, estaba sentado en primera fila, esperando que mi padre me entregara a su hijo y le acompañara en ese privilegiado lugar, junto a su esposa y mi madre.

Mi madre, Eleanora, quien a pesar de mis peticiones de no acceder a que me casara con un hombre al que no conocía y que no había tenido trato alguno, hizo oídos sordos.

—Ya llegamos, hija —susurró mi padre sin perder esa sonrisa de hombre orgulloso al ver a su única heredera acercarse al altar donde la esperaba el príncipe de cuento que todas, alguna vez, hemos soñado con tener.

Leandro, ese era mi padre, el que me llevaba obligada caminando por esa alfombra sin tener en cuenta mis súplicas. Otro como mi madre.

Cientos de veces me planteé si me querían realmente, porque no creo que se le pueda obligar a un hijo a casarse con una persona a la que no ama ni desea.

¿Lo único que me gustaba de este maldito día? El vestido de novia que llevaba. Al menos eso sí me habían dejado escogerlo a mí.

Entallado hasta los muslos donde la falda empezaba a ser más suelta, con una cola de un tamaño medio y con volantes, encaje que cubría todo el vestido, espalda al aire, escote en V y el borde del mismo, así como los tirantes que acababan en la parte central de la espalda, donde tenía la cremallera, era de encaje gris.

Me habían recogido el cabello en un moño bastante bonito y, como no podía ser de otra manera, me pusieron la tiara a modo de discreta corona con la que se casó la que desde ese día sería mi suegra.

—Mi princesa —dijo Fernán, bien alto para que todo el que estuviera lo suficientemente cerca le escuchara.

Seguía sonriendo el muy canalla, fingiendo que todo era maravilloso, y yo igual, que me había tenido que poner la sonrisa en los labios y dar a entender que estaba enamorada hasta la médula del hombre que tenía delante.

Mi padre me miró feliz y me dejó allí, ante el altar, delante del cura que nos casaría, y fue a unirse con mi madre y sus consuegros.

De verdad, si la gente supiera que esto no era más que una farsa...

Ganas me daban de hablar cuando el cura preguntara aquello de "*Si alguien tiene algo que objetar, que hable ahora o calle para siempre*", porque sería yo quien diría que me obligaban a casarme.

Bueno, eso realmente sería muy capaz de soltarlo cuando nos preguntara a nosotros, como parte interesada en este enlace, si veníamos libremente.

¡JA! Libremente, las narices. Que no me habían traído arrastras por la alfombra, porque no sería bonito de ver, ni digno de una mujer de mi posición social. Ya no digamos de la futura Princesa de Arsolla, vamos.

En fin, que yo quería salir de allí por piernas y no podía.

Llegó el momento, ese tan esperado por todos, en el que el cura pregunta...

—¿Venís libremente a contraer matrimonio?

¿Os podéis creer que Fernán, que me tenía la mano agarrada con la suya desde que me uní a él, me dio un apretón para que no dijera nada que no debiera? ¡Hombre, por favor! Pero, ¡qué valor el suyo! ¿Qué se habría pensado que iba a hacer? ¿Decir qué no?

Si me hubieran permitido hacer eso, no estaría ahora mismo contestando...

—Sí, venimos libremente.

Ya estaba la mitad de mi aceptación a este matrimonio, y grabado que había quedado porque estaba viéndonos casarnos medio mundo, si no el mundo entero, pues de todos es sabido que las bodas de príncipes y futuros reyes eran de lo más televisadas.

Mirara donde mirara, me encontraba una cámara de televisión grabando. ¿Sabéis lo que pensé hacer? Escribir una nota pequeña con el siguiente mensaje: “*S.O.S. Vengo obligada a casarme, por favor ¡¡¡Sálveme quien pueda!!!*” Pero no lo hice, como es evidente, porque eso habría provocado infartos en masa, y cuando digo en masa es que los primeros en caer habrían sido mi suegro y mi padre, tenían altas posibilidades por sus edades y por ser hombres, y después mi suegra y mi madre.

—Por el poder que la Santa Madre Iglesia me otorga, yo os declaro marido y mujer.

¡Ole! ¡Viva los novios! Sí, me quedé con las ganas de gritar eso pues para algo era mi boda, pero no podía.

Mi ya esposo, me dio un casto beso en la frente ante las cámaras y los invitados que nos acompañaban en ese, nuestro gran día.

Colgada de su brazo caminé sonriente y saludando con la mano hasta que llegamos a la salida de la iglesia, donde nos esperaban para lanzarnos arroz.

Seguíamos los dos sonriendo, fingiendo que éramos la pareja de enamorados más felices del mundo y que por fin afianzábamos nuestra relación ante Dios, nuestro señor, aunque por dentro estaba llorando como una niña pequeña porque no quería este matrimonio.

Una pareja debe casarse enamorada, tienen que quererse, conocerse, ser cómplices el uno del otro, saber lo que es bueno para ambos y que el otro sepa en todo momento lo que puede necesitar la otra parte.

Que tengan tal complicidad que se adelante en algún momento a lo que la otra parte de la pareja va a hacer o decir, que se conozcan de ese modo tan íntimo.

La mía había sido la boda más falsa de toda la historia, vamos, imagino que, a lo largo de los años, o más bien siglos, que llevaba existiendo lo de los matrimonios concertados entre la realeza, alguno habría sido como el mío, pero ahora que yo lo vivía en mis propias carnes, me sentía la mujer más desgraciada.

—Pues ya está, ya somos matrimonio —susurró Fernán, cuando íbamos hacia la zona de palacio donde tendría lugar el banquete.

Y sí, comimos y bebimos, bailamos y los dos seguíamos aparentando que era el día más esperado por ambos, el más feliz, debíamos fingir que estábamos de lo más enamorados y las muestras de cariño del uno hacia el otro fueron constantes cuando estábamos juntos para alguna foto o para charlar con los invitados, si mi querido marido no se quedaba junto a la barra donde servían las bebidas.

No es que fuera completamente borracho, pero tenía suficiente alcohol en el cuerpo como para que se le notara contentillo.

—Fernán, deja de beber, por favor —le pedí cogiéndole la mano en un susurro.

—Querida esposa, Princesa de Arsolla y, tal vez, futura reina de la misma —dijo mirándome con los ojos entornados—. Es mi boda, me lo estoy pasando de maravilla y bebo porque me sale de las mismísimas joyas de la corona.

No esperaba tal contestación, menos mal que estábamos solos y nadie nos escuchaba. Cogió la copa, se la acabó de un trago y con un brazo me rodeó por la cintura para llevarme de nuevo a la pista a bailar.

Intenté impedirlo, pero no pude, así que ahí se nos veía de nuevo a los dos bailando, sonrientes y felices ante los invitados.

Mi madre no había perdido la sonrisa en todo el día, y no digamos la suya. Las dos estaban encantadas con esta boda, pero no más que nuestros padres.

Sabía bien que, para Fernán, no era plato de gusto haber llegado a este punto, pero es que para mí...

Cuando acabamos de bailar me fui al baño, sola, sin decir nada a nadie, necesitaba un momento para mí, lejos de miradas, de curiosos. Quería llorar, así que me encerré y dejé salir todo el dolor y la rabia contenida que llevaba dentro, apoyada en la pared, en silencio, mientras me maldecía por no haberme escapado días antes de que tuviera lugar este teatro.

Porque eso era, una obra de teatro en la que, de puertas de palacio para fuera, nuestra vida como recién casados y Príncipes de Arsolla sería maravillosa mientras que, de puertas para dentro, viviría una pesadilla.

Encima tenía que dormir con él, era una boda falsa, pero con todas las de la ley. Mi deber era cumplir con él como esposa, darle un heredero, o varios hijos, no importaba cuántos.

Esa noche sería la primera que pasaríamos juntos y él... Él no estaba preocupado ni lo más mínimo porque se había empezado a beber todo el alcohol que teníamos para la boda.

Salí de allí, igual de nerviosa que asqueada, pero un poco más tranquila habiendo soltado todo.

—¡Mi querida esposa! —gritó Fernán, que se le notaba el alcohol ingerido— ¿Me concedes este baile?

Me cogió la mano, haciendo una reverencia que a los invitados les pareció de lo más graciosa, y tras besarme la mano fuimos a bailar.

Así pasaron las horas, hasta que fuimos despidiendo a todos los invitados, que no eran pocos, pues en estas bodas reales ya se sabe que asiste medio país y parte del mundo, y al fin llegamos hasta mis padres.

—Te vamos a echar de menos en casa, cariño —dijo mi madre, dándome un abrazo.

—No se preocupe, Eleanora, que mi esposa estará muy bien cuidada en esta casa. Yo mismo me encargaré de ello —Fernán me miró con unos ojos que me parecieron de lo más intimidantes.

Sí, mis nervios por esa primera noche juntos habían aumentado exponencialmente en ese preciso instante.

—Eso espero, querido Fernán —intervino mi padre—. Cuando tu hija se case y deba quedarse en el hogar con su esposo, entenderás el pesar que tenemos mi esposa y yo.

—Leandro, podéis iros tranquilos, os aseguro que nada le faltará conmigo a vuestra hija —y para hacer más real semejante mentira, Fernán me rodeo la cintura con el brazo pegándome a su costado.

Vi marcharse a mis padres, mis suegros se despidieron de nosotros y ahí nos quedamos mi recién estrenado marido y yo.

Él no sé qué pensaría, pero yo necesitaba una copa, o dos, para tranquilizar los nervios que tenía, y eso que yo no era de beber.

Fernán tomó mi mano para irnos a la habitación después de ese largo día de celebración, sentí pudor y temor por lo que pudiera pasar en ella. No lo deseaba y no era justo que lo que debía ser algo tan importante en la vida de una persona, se fuera a convertir en algo obligado y en lo que tampoco podías decidir.

Sonreía con esa cara de saber que ahora llegaba lo que él tanto deseaba y es que era bien sabido que era un mujeriego de mucho cuidado.

Entramos a la habitación y se puso tras de mí bajando la cremallera de mi vestido y luego metió los dedos por los tirantes deslizándolos hasta abajo.

Un carraspeo en mi oído me hizo saber que le gustaba lo que veía, comenzó a acariciar mis hombros bajando sus manos por ambos lados de mi cuerpo y siguiendo las curvas.

Apretó mis nalgas abriéndolas con fuerza para sentir las mejor, yo solo tenía ganas de llorar y de que todo aquello pasara cuanto antes.

Me bajó la braguita y me giró, fue el momento más asqueroso de mi vida, ver esos ojos llenos de deseo incrustados en mi cuerpo.

Puso una de sus manos en mi pecho y lo apretó, contuve el aire ya que solo tenía ganas de llorar.

Su otra mano bajó hacia mi entrepierna y con un toque me hizo entender que las abriera. Yo solo miraba hacia el suelo, pero con su mano levantó mi barbilla para que lo mirara a él, luego la volvió a llevar a mi pecho.

Introdujo dos de sus dedos en mi vagina y sentí un dolor impresionante, ya que no tuvo el más mínimo tacto, me estremecí encogiéndome y me hizo un gesto para que me mantuviera recta, en ese momento le habría partido la cara.

Me hizo una señal para que me tumbara sobre la cama, ni se dignaba a hablarme, todo eran órdenes a través de señales.

Me eché sobre ella y cogió mis piernas poniéndolas sobre el borde de la cama, bien abiertas, me hizo otro gesto para que me acercara más hacia el borde y mis caderas quedaran lo más cerca posible de mis pies. La cama era alta y quedaba a una altura perfecta para él.

Se comenzó a desnudarse y colocó su miembro en mi entrada y empujó con fuerza, tuve que agarrarme a las sábanas por la violencia y la brutalidad con la que comenzó a penetrarme, empujando con tanta fuerza, que pensaba que me partirían en dos. Aquello dolía demasiado físicamente y, sobre todo, dolía la humillación que estaba sintiendo en ese momento.

Podía apreciar perfectamente el olor a alcohol que desprendía, me daba asco, arcadas que tenía que contener para no vomitar. Aguanté como pude ese momento, hasta que se corrió manchando mis piernas y todo lo que se encontraba por el camino.

Entré al baño para lavarme y volver a la cama, al limpiarme me di cuenta que había manchado, pues me había provocado una leve hemorragia, lo raro es que no me hubiese abierto en canal, aquel momento había sido el más duro y denigrante que había vivido en mi vida.

Me acosté mirando hacia el lado contrario a él, llorando en silencio y rezando porque no volviera a tocarme esa noche, aunque ya no creía en Dios, pues si existiera, no habría permitido que aquello hubiese sucedido de aquella manera.

Capítulo 2



Tras la noche de bodas, llegó el amanecer.

Estaba sola en la cama, no había rastro de mi marido por ninguna parte, pero sí de lo que ocurrió la noche anterior.

Ahí estaba lo que indicaba que ese... hombre, por no decir monstruo, me había quitado la virginidad.

Estaba hecha una mierda, esa era la realidad, tenía unas ganas de llorar, de marcharme de allí, quería volver a mi casa, de donde no debí haber salido, o tal vez sí, pero para ingresar en un convento. ¿Por qué me había casado con un hombre que no tuvo el más mínimo tacto en nuestra primera noche?

Me di una ducha y dejé que el agua se llevara las malditas lágrimas por el desagüe. Esas que había estado conteniendo tanto tiempo como me fue posible y que finalmente acabaron saliendo.

Y ahora venía la pregunta del millón. ¿Cómo me vestía para estar en palacio? Que sí, me habían educado toda mi vida para ser princesa y futura reina cuando mis suegros faltaran, pero la duda estaba ahí. ¿Me vestía muy elegante, normal, sencilla...?

Pues nada, vaqueros pitillo, tacones, una camiseta mona, maquillaje natural y a desayunar, que tenía hambre.

Cuando bajé ahí estaba él, desayunando tranquilamente mientras leía el periódico. Mira qué bien, no había tenido ni la decencia de esperarme para desayunar juntos. Pues anda que empezaba de lujo nuestro matrimonio...

—Buenos días —saludé y me regañé mentalmente por el tono triste que tenía mi voz.

Ni un hola, no recibí ni un saludo por su parte, seguía ahí como si nada, como si yo no acabara de entrar.

Me senté a su lado, como era normal al ser su esposa, y Edward me sirvió el desayuno.

Era un hombre de unos sesenta años, llevaba casi toda su vida al servicio de la familia real de Arsolla y era de lo más amable y entrañable.

—Gracias, Edward —sonreí, con tristeza, eso sí, y el hombre me hizo una leve inclinación de cabeza.

—Señora —salió del salón y me quedé a solas con mi marido, a quien le dediqué una mirada de reojo, pero él seguía bebiendo su café y leyendo el periódico.

Empecé a tomar mi desayuno en silencio, casi no me atrevía ni a respirar, no fuera a ser que le molestara. Me daba la sensación de que mi sola presencia lo hacía, pero bueno, a mí tampoco me agradaba compartir mi vida con él.

—¿Ha dormido bien la doncella? —preguntó sorprendiéndome por el nombre que me había dado.

Lo miré, fruncí el ceño y fui a preguntar, pero en ese momento llegó uno de los chicos del servicio con una carta para él, esperé a que volviéramos a quedarnos solos, y fue entonces cuando

me dirigí a él.

—Lo de doncella, ¿va por mí? —pregunté.

—Estamos solos, no hay más mujeres aquí con las que follé anoche.

Sí, exacto, eso había sido lo que pasó en mi noche de bodas. No hubo ternura, ni cariño, ni el más mínimo tacto por su parte.

No se preocupó si yo estaba bien, si me dolía o si quería parar un momento. No, nada de eso. El hombre que tenía delante simplemente...

—Eso será lo que haga cada noche, follarte.

Me quedé callada en cuanto lo dijo, y me giré hacia la puerta del salón cuando escuché la voz de un hombre.

—Buenos días, señor.

—¡Ah, ya estás aquí! Kyle, ella es mi esposa, Alice. Mi amor —nótese el tono de desprecio con el que yo le escuché decirlo—, Kyle será tu chofer y guardaespaldas desde este instante.

—Señora.

Miré a Kyle y me puse nerviosa. ¿Iba a tener guardaespaldas el resto de mi vida? ¿Qué había sido de mi libertad? Eso de poder ir donde me diera la real gana, y cuando yo quisiera.

—No necesito un guardaespaldas —dije mirando a mi marido.

—Eres la Princesa de Arsolla, claro que lo necesitas.

—Fernán...

—Alice, es tu chofer, te llevará donde quieras y desees, y, por ende, estará pendiente de tus movimientos.

—¿Al cuarto de baño también me acompañará? —pregunté poniéndome en pie y soltando la servilleta en la mesa— ¡No necesito una niñera, porque eso es precisamente lo que me has puesto!

—No es tu niñera, y no me levantes la voz.

—¿O qué? Soy la heredera del Marquesado de Brighton, no necesito que nadie me haga de guardaespaldas —dije con todo el retintín que pude—, sé muy bien dónde puedo ir y dónde no.

—Kyle, te deseo suerte con mi esposa.

Fernán se puso en pie y salió del salón sin decir una sola palabra más. Allí me dejó sola con el que iba a ser mi sombra el resto de mi vida. No me lo podía creer...

A la mierda de boda que había tenido, y peor noche todavía, le añadíamos ese espléndido y maravilloso amanecer londinense en el que mi marido me trataba como a una niña a la que había que vigilar.

—Señora, procuraré que no note mi presencia, se lo aseguro —escuché a Kyle, le miré y respiré hondo.

Me fui directa a la cocina, necesitaba beber algo que me calmara porque volvía a tener ganas de llorar de nuevo.

—¡Oh, señora! ¿Necesita algo? —me preguntó Olga, la cocinera de palacio.

Una mujer de cincuenta años, hija de españoles que se mudaron a Arsolla por trabajo hacía años y aquí decidió quedarse ella.

Me llevaba bien con Olga, me recordaba a mi madre, así que al menos contaba con ese hombro en el que llorar si lo necesitaba.

—Algo para los nervios, por favor —le pedí.

—¡Ay, señora! La vida en palacio puede ser... estresante.

—La mía va a ser un infierno, me esperan noches de...

Guardé silencio, pero me miró queriendo saber así que no tuve más remedio que hablar con

ella, necesitaba soltarlo todo.

Le conté la noche que había pasado, esa que fue mi primera vez con un hombre y que no resultó ser lo que yo podría haber esperado.

—No fue tierno —lloré y esa mujer me abrazó como lo haría mi propia madre.

Le estaba contando intimidades a una mujer del servicio, pero sabía que era de lo más discreta y que no hablaría de esto con nadie.

—Pues debe estar usted algo...

—Dolorida —susurré.

—Vale, voy a prepararle un té y después subimos a su dormitorio para que se dé un baño que le calme.

—Olga —la miré secándome las lágrimas.

—Dígame, señora.

—¿Podrías llamarme Alice, por favor? Me recuerdas a mi madre y...

—Claro, niña, pero solo cuando estemos solas, no quiero que los señores se enfaden conmigo.

—Muchas gracias.

Me tomé el té que me había preparado y salimos de la cocina para ir a darme ese baño que dijo me sentaría bien.

Vi a Kyle apoyado en la pared del pasillo, tenía la mandíbula apretada y por la furia que vi en sus ojos, sabía que me había escuchado.

Cerró los ojos, negó con la cabeza y se alejó.

Miré a Olga, pero no me dio a entender que mi chofer y guardaespaldas hubiera escuchado algo, así que me limité a subir con ella y darme ese baño.

Y ahí estaba, en la bañera, con unas velas aromáticas que había encendido Olga y los ojos cerrados disfrutando de ese momento que me estaba sentando bien para mis partes más doloridas después de mi noche de bodas.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —escuché la voz de Fernán y me sobresalté.

Me cubrí rápidamente los pechos con ambos brazos y él sonrió de medio lado sentándose en el borde de la bañera.

—Eres mi esposa, no debes cubrirte cuando estés en mi presencia.

—Creí que tenías que atender... lo que sea que hagas —dije sin quitar los brazos de mis pechos.

—Hice un alto en mi ajetreada agenda para ver a mi esposa, Olga me dijo que estabas aquí.

—Pues... ya me has visto —me sonrojé al ver los ojos con los que me miraba, esos mismos cargados de deseo que tenía la noche anterior.

—Eres mi esposa, sí, hay un papel que así lo indica, pero no eres más que otra mujer de las muchas que han pasado, y seguirán pasando por mi cama. No creas que habrá algo de amor entre nosotros, no significas nada para mí.

Salió del cuarto de baño y cuando me quedé sola rompí a llorar.

¿Cómo podía ser que mis padres decidieran casarme con alguien así? ¿Tan importante era para ellos, que son marqueses, unir a su única hija con la realeza? No lograba entenderlo.

Mi nueva vida había empezado mal, pero es que el resto que me quedaba, en este palacio, iba a ser un auténtico infierno.

Me estaba secando cuando volvió a aparecer por el baño, esta vez desnudo, me eché a temblar, no podía ser, no me había recuperado aún del dolor de la noche anterior cuando de nuevo lo tenía dispuesto a hacerlo otra vez.

—No me encuentro bien, Fernán.

—Solo será un momento.

—He dicho que no me encuentro bien.

—Gírate y apóyate sobre el mueble del lavabo.

—Fernán —dije con las lágrimas cayéndome.

—Si no quieres por delante, te lo hago por detrás, decide —aquello me desgarró el alma, no me lo esperaba, negué llorando y me puse como me dijo, me agarré bien al mueble.

Levantó mis caderas y me penetró sin tener el más mínimo tacto, lo veía por el espejo con esa cara de placer, sin importarle que estuviese llorando a lágrima viva, no tenía ni el más mínimo pudor y del corazón, ni hablemos.

Me apretaba las caderas con fuerza, con furia, con rabia, esa rabia que con cada estocada quería sacar y es que se le notaba que no era un hombre feliz, todo lo contrario, no le daba valor a nada más que a sentir el poder de tener la atribución de hacer con todo lo que le diera la gana.

Noté cómo ponía su dedo en la entrada de mi ano, le pedí a Dios que no me lo metiera pues eso me terminaría de reventar, pero no, solo apretó un poco y se centró de nuevo en agarrarse a mis caderas con fuerza, era un animal, la persona más salvaje con la que me había topado en mi vida, un hombre más deleznable y mala persona, así era él, aquel monstruo que se había convertido en mi marido.

Cuando se lavó y salió del baño me quedé llorando, no podía creer que aquello me estuviera pasando a mí, era una esclava a su merced en aquella cárcel de cristal llamada Palacio de Kilenia.

Capítulo 3



Segundo día como esposa del Príncipe de Arsolla y quería morirme.

Esto que me estaba pasando debía ser mi castigo por algo que hice y no recordaba. ¿Cómo podían haberme puesto mis padres en manos de un hombre como Fernán? Se suponía que me amaban, y los padres solo quieren lo mejor para sus hijos, pero esto no era lo mejor para mí.

Como el día anterior, desperté sola en la cama, me di una ducha y tras vestirme bajé al salón donde lo encontré desayunando.

Me senté, le di los buenos días y no obtuve respuesta alguna por su parte.

Así estuvimos hasta que se levantó para empezar a hacer lo que fuera que hiciese en su trabajo y fue cuando hablé.

—Voy a salir, no me esperes para comer.

Fernán se quedó parado antes de llegar a la puerta, se giró mirándome, pero no dijo nada.

Salió y en cuanto me quedé sola solté el aire que estaba conteniendo.

Acabé mi desayuno y fui a la cocina a saludar a Olga, en cuanto esa mujer me vio, supo que no estaba bien y extendió sus brazos para acogerme entre ellos.

—Ay, niña, qué mal lo estás pasando en esta casa.

—Olga, esto no es una casa, para mí es una cárcel.

—¿Te ha prohibido salir? —preguntó cogiéndome las mejillas y secándome las lágrimas que ni siquiera me había dado cuenta que derramaba.

—No, pero debo ir con mi guardaespaldas.

—¡Ah, Kyle! Es un buen hombre, ni notarás que te sigue.

—Ni que fuera Ninja —solté sin pensar y ella empezó a reír a carcajadas.

—No, pero casi. ¿Le has oído llegar? —preguntó, y vi que me hacía un gesto hacia la puerta donde ya estaba esperando mi... guardaespaldas.

Completamente de negro, con las gafas de sol puestas, y el rostro serio. Así vi aquella mañana al hombre que iba a tener mi vida en sus manos en cuanto saliera por la puerta del palacio.

—Buenos días, Kyle. Necesito de sus servicios.

—Claro, la espero en el coche, señora.

Dejó la cocina y Olga me cogió la mano para llevarme a uno de los taburetes que había allí, me senté y ella lo hizo a mi lado.

—¿Anoche también... fue doloroso? —preguntó preocupada.

—Anoche no, no me buscó, pero por la mañana, cuando estaba dándome el baño...

—Niña, lo siento de veras. No sé qué le pasa a ese hombre por la cabeza para tratar a su esposa como suele hacer con otro tipo de mujeres.

—No soy nada para él, Olga. Este matrimonio es tan impuesto para él como para mí.

—Menuda suerte nacer en alta cuna —suspiró y me dio un beso en la mejilla antes de ponerse a preparar la comida.

Salí de palacio y ahí estaba Kyle, junto al coche negro que me llevaría de un lado a otro dejándome un poco de libertad.

Me abrió la puerta de atrás y entré, cuando cerró miré hacia arriba pues me había parecido ver...

Sí, ahí estaba mi marido observándome desde la ventana de su despacho.

Me dieron ganas de sacarle la lengua y el dedo y mandarlo al infierno, pedirle a Kyle que arrancara y me llevara al aeropuerto con rumbo a donde fuera, pero que me sacara de ese lugar al que, según mis padres, debería llamar hogar.

El camino lo hicimos en el más absoluto silencio, yo me limité a mirar por la ventana, pero... me sentía observada.

Llegamos al centro comercial, Kyle dejó el coche en el parking y me camuflé antes de bajar.

—¿Señora? —preguntó cuando me vio.

—¿Qué pasa? ¿No has visto a las famosas de la tele? Se ponen peluca y gafas de sol para que no las conozca nadie. Yo antes podía salir sin problemas, ahora no, así que esto es lo que hay. ¿Te vas a chivar al amo y señor, niñera?

—No soy su niñera, señora, pero...

—Está bien, lo siento Kyle, no pretendía hacerte sentir mal. No tengo un buen día. ¿Tienes tarjeta de crédito? —pregunté mirándolo.

—Por supuesto.

—Entonces, te voy a pedir por favor que pagues tú, después me llevas a un cajero y te lo devuelvo, no quiero que me reconozcan tampoco por el nombre de la mía.

—No se preocupe, señora, yo me encargo.

—Y, si no es mucha molestia, agradecería que me llamaras Alice.

—Está bien, Alice.

¿Por qué sentí un escalofrío cuando le escuché decir de mi nombre? No lo sabía, pero tampoco le iba a dar mayor importancia.

Subimos y vimos algunos escaparates, entré en unas cuantas tiendas y compré lo que necesitaba. No es que me hiciera falta mucho, pero quería tener algunas cosas en casa con las que distraerme, una Tablet para leer, por ejemplo.

Fuimos a un restaurante a comer y cuando estábamos con el café me atreví, al fin, a hacerle a mi chofer la pregunta que me rondaba por la cabeza desde el día anterior.

—Me escuchaste hablar con Olga, ¿verdad?

Kyle me miró y vi una mezcla de dolor y compasión en sus ojos que hizo que se me formara un nudo en la garganta. Sentía lástima por mí, y yo no quería la lástima de nadie, salvo la de mis padres, que podrían haberse ahorrado el hacerme pasar por esto. ¿Por qué me obligaron a casarme con Fernán?

—No era mi intención, lo lamento mucho —contestó con la voz cargada de dolor.

—No quiero tu lástima, Kyle.

—¿Lo ha vuelto a hacer, Alice? —preguntó, y me sorprendió tanto que lo hiciera, que al levantar la mirada y encontrarme con sus ojos verdes y el rostro cargado de tristeza, empecé a llorar.

—¡Ey, no! —dijo acercando su silla y cogiéndome el rostro con ambas manos— Salgamos de aquí, vamos a hablar a otro sitio.

Y eso hicimos, dejamos el centro comercial y me llevó en coche por la ciudad hasta las afueras, a un lugar que me pareció de lo más tranquilo.

Era un parque con un hermoso lago en el que nos sentamos a charlar en un banco. Yo seguía con la peluca y las gafas de sol, no quería que nadie pudiera reconocerme.

—Lo hizo anoche otra vez, ¿verdad? —preguntó.

—No, pero sí por la mañana.

Empecé a llorar de nuevo, lo hice como una niña pequeña perdida en busca del consuelo de sus padres. Me llevé las manos a la cara y la tapé, sentí los brazos de Kyle rodeándome y me dejé cobijar por él. Seguí llorando en su pecho mientras él permanecía en silencio.

Me estaba dando mi espacio, ese que necesitaba para soltarlo todo.

—Lo siento, no debería haberme puesto así. Soy la princesa, tú mi empleado, y monto este estúpido numerito.

—No es estúpido, necesitaba soltarlo, Alice.

Otra vez ese cosquilleo, me aparté, lo miré a los ojos y él me sonrió levemente, me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y me secó las mejillas con sus pulgares.

—Puedo ser su amigo, además de Olga me tendrá a mí para hablar siempre que quiera. Y, si no quiere contarme nada, dejaré simplemente que lllore en mi hombro.

—Kyle... —murmuré su nombre y volví a dejar que me abrazara.

En ese momento me sentía bien, cuidada por alguien mayor que, como debería hacer mi esposo, se preocupaba por mi bienestar.

Nos quedamos ahí en silencio durante un buen rato, hasta que decidí que era hora de volver a palacio.

No es que lo deseara, bien sabía Dios, o lo que fuera que hubiese por ahí arriba, pues no quería poner un pie en ese lugar nunca más, pero había un pacto entre mis padres y los suyos, algo que no entendía porque mi boda estaba concertada desde el mismo momento que mi madre supo que iba a tener una niña.

¿A qué se debía que mis padres quisieran ese parentesco? No lo podía entender, no les faltaba de nada, eran marqueses por el amor de Dios.

Cuando llegamos a palacio, sonreí a Kyle en cuanto me abrió la puerta del coche y al mirar de nuevo al frente, ahí estaba mi marido, esperándome en la entrada.

Subí las escaleras despacio, como si estuviera atravesando un camino de cristales rotos y el dolor en mis pies me impidiera seguir caminando.

—Llegas tarde —fue cuanto me dijo antes de cogerme por la muñeca y meterme dentro casi arrastras.

Miré hacia atrás y vi a Kyle dar un par de pasos, tenía la mandíbula apretada y le pedí, con un leve gesto de cabeza, que no nos siguiera. Cerró las manos apretándolas tan fuerte que temí que se hiciera daño.

Fernán me subió por las escaleras tan deprisa, que creí que acabaría tropezando o cayendo, que era peor, pero llegué sana a la habitación.

—¿Te lo has follado? —preguntó gritando en cuanto cerró la puerta.

—¿Qué dices? ¿A quién, Fernán?

—¡A Kyle! ¿Te lo has follado?

—¡No! Solo me ha llevado al centro comercial de compras, hemos comido, seguí comprando y volvimos aquí.

—¡No eres más que una cualquiera!

Lo vi acercarse y creí que me iba a abofetear, pero no fue eso lo que hizo. Se desabrochó el pantalón, sacó su miembro erecto y tras cogerme en brazos y apartarme la ropa interior, me

penetró pegándose la espalda a la pared.

No podía ni gritar, me estaba dando tantos golpes en la espalda que, junto con las embestidas rudas que me daba, se me cortaba la respiración.

Fue rápido, terminó y me llevó hasta la cama donde, literalmente, me lanzó dejándome allí como si no valiera nada.

—Esto, solo te lo hago yo. Eres mi mujer, y no vas a ir follando por ahí con otros.

Salió del dormitorio, me hice un ovillo en la cama y lloré hasta que noté un fuerte dolor de cabeza.

Tras darme una ducha, me puse el pijama y me metí en la cama.

No sé cuánto tardé en quedarme dormida, solo sé que esa noche, cuando noté que se acostaba, tampoco me puso una mano encima.

Capítulo 4



Me levanté triste, ni siquiera tenía ganas de ir a desayunar, pero tenía que hacerlo, sabía que cualquier cosa, me la buscaría con Fernán.

Bajé y ahí estaba con su periódico, ignorándome, saludé en un tono bajo y me senté, cuando me sirvieron el desayuno y nos dejaron a solas Fernán bajó el periódico y me miró de forma penetrante.

—Cierra la puerta —me dijo refiriéndose al salón donde estábamos y me quedé un poco en *shock*—. Cierra la puerta —repitió.

Me levanté y la cerré, sabía lo que iba a pasar y las lágrimas comenzaron a brotar por mis mejillas.

Me miró negando sin importarle mi sufrimiento.

—Desnúdate —ordenó en tono seco, arisco y lleno de rabia.

—Fernán...

—¡Qué te desnudes! —gritó— Joder nunca una mujer había montado tanto drama por sentir placer —escucharlo daba asco, miedo, odio, todo lo peor del mundo.

Comencé a desnudarme y me quedé sin ropa ahí de pie, él se levantó y me llevó hasta el borde de la mesa, me puso mirando hacia ella, con una mano agachó mi espalda para que me dejara caer y la apretó con fuerza.

Noté cómo abría bien mis nalgas y no me lo podía creer, puso su miembro en mi agujero y comenzó a penetrarme. Chillé llorando mientras sentía que me desgarraba por dentro, me agarró del pelo con una mano y cuanto más chillaba, más tiraba de él, no tenía ni la más mínima piedad, para ese hombre yo era un saco de mierda al que utilizar a su antojo.

Duró una eternidad, no le veía fin a ese dolor tan brutal al que me estaba sometiendo, aquello era lo más injusto y deplorable que jamás una persona podía vivir.

Cuando terminó salió, se secó su miembro y pude ver la sangre en la servilleta. Me vestí como pude, era demasiado el dolor, aquello me había hecho mucho más daño de lo que jamás pude imaginar.

Ni desayuné, salí de allí con un dolor que no podía soportar, sabía que estaba sangrando. En el pasillo me encontré a Kyle descompuesto, lo había escuchado todo, me miró con un dolor tan parecido al que yo llevaba en mi rostro, lo miré llorando y me fui a la habitación, necesitaba meterme en la bañera con agua caliente.

Lloré como una niña pequeña muerta de miedo, aterrada por saber lo que me esperaba cada día con ese monstruo al que se me pasaba por la cabeza matar, en la cárcel no lo pasaría tan mal como en esta casa.

Me metí en la cama toda la mañana, estaba temblando y dolorida, bajé a la hora de la comida y él no estaba. Olga me miraba con tristeza, me dio un abrazo sin decir nada, esa mujer entendía mi dolor, pero si yo no podía hacer algo, ella tampoco.

Por la tarde la pasé en el jardín leyendo un libro, me sumergí en una preciosa historia de amor de la cual me hubiera encantado ser la protagonista, ya que el hombre la trataba con todo el amor del mundo, la mimaba, la cuidaba, así había entendido yo siempre el concepto de relación.

Estaba hecha un asco, hasta al andar me dolía, sentía mil heridas en mi interior, eso obviando el dolor que tenía en el corazón, ese era el más fuerte de todos.

Por la noche, durante la cena, Fernán no dejaba de mirarme con esa mirada sucia, llena de odio, de asco. Me daba tanto miedo, que me producía un temblor que no dejaba de cesar.

—Fernán... —murmuré con miedo.

—¿Qué quieres?

—Te pido por favor que intentemos llevarnos de otra manera, me encuentro mal, no puedo soportar tanto dolor.

—No eres más que una prostituta a la que sus padres vendieron por un título y una posición social. ¿Crees que me importa lo que tú sientas?

—No tengo culpa de eso —lloré con tristeza, me ahogaba en ella.

—Ni yo de que tú seas la elegida.

Se levantó y se marchó, ya había cenado y yo no había probado bocado, no podía, no tenía hambre y lo peor de todo es que sentía que todo iba a ir a peor. No sabía cuánto iba a aguantar esto, incluso se me pasaba el suicidio por la cabeza, sería una forma de escapar de este dolor y vivir eternamente en paz.

Subí a la habitación muerta de miedo, sabía que podía volver a pasar algo y eso me aterraba, sentía demasiado dolor en el cuerpo como para verme de nuevo envuelta en algo así.

No estaba ahí, me puse el pijama y me metí en la cama, cuando lo escuché entrar me hice la dormida y él se acostó pasando olímpicamente de mí, lo agradecí infinitamente, no estaba preparada para vivir otro momento de dolor, no podía más, no podía permitirlo.

Capítulo 5



Si hubiese llevado un diario desde que empecé mi vida como princesa y esposa, el día de hoy empezaría con un “*Querido infierno. Deja que muera rápido*”.

Cuarto día en esta cárcel llena de lujos y comodidades, salvo porque el hombre que debería tratarme como lo que soy, su princesa, se limitaba a utilizarme como si no fuera más que una prostituta, así me llamó ayer.

Al menos cuando me despierto estoy sola en la cama, espero que así sea siempre, que bastante tengo con soportar los días que me hace vivir, como para empezarlos nada más abrir los ojos con los primeros rayos de sol.

Me arreglo y bajo al salón, como siempre, donde ya está él tomando su desayuno, ni siquiera me importa que no me espere, mejor que no lo haga.

Ni buenos días, ni ahí te pudras, ni por mi parte ni por la suya, aunque yo en mi mente le acabo de lanzar el cuchillo de untar la mantequilla y he acertado en un ojo. Si fuera así de sencillo...

Edward me sirve y se retira, tan educado y discreto como cada mañana. Disfruto de mi desayuno y ese momento de paz que me parece increíble tener pues pensé que sería como el día anterior, pero no. Tal vez me dé un respiro hoy.

Lo veo levantarse e ir hacia la puerta y, antes de salir, me mira.

—¿Vas a salir hoy también?

—Sí, iré a visitar a mis padres.

No contestó, simplemente salió y allí me quedé sola terminando de desayunar un poco, pues no tenía mucha hambre.

Cuando acabé fui a ver a Olga, me preparó un té y se encargó de llamar a Kyle para que me llevara donde quisiera.

—¿A dónde, señora? —preguntó una vez ocupó su asiento.

Lo miré por el retrovisor y estaba serio, no se había quitado las gafas de sol así que no pude verle bien los ojos, pero sabía lo que escondían. No me había llamado Alice, a pesar de que la otra vez sí aceptó hacerlo.

—A casa de mis padres, por favor.

Asintió sin decir nada y me llevó donde le había pedido. A ese que yo consideraba mi hogar desde que nací, pero... ¿Realmente lo había sido?

—¡Hija, qué alegría verte! —dijo mi madre cuando entré en el salón donde se encontraban ella y mi padre.

—Hola, mamá. Papá.

—¿Cómo está la Princesa de Arsolla? —preguntó él, y me armé de valor para no hacerle un mal gesto.

—¿De verdad os importa? —contesté y ambos me miraron sin entender nada.

—¿Qué pasa, cariño?

—Mamá. ¿Me podéis decir por qué me vendisteis de esa manera por un título? Sois marqueses. ¿De verdad teníais necesidad de emparentaros con la realeza?

—¡Hija!

—No, mamá, ni hija, ni nada. Quiero una explicación.

—No hay explicaciones que dartte —me contestó mi padre—. Eres nuestra hija, y nos debías obediencia. Ahora estás casada y es a tu marido a quien debes mostrársela.

—¿Sabéis acaso lo que llevo pasado desde mi noche de bodas? ¿Sois conscientes de lo que ese... hombre me hace?

—Lo que cualquier marido para engendrar hijos, no creo que te pille de sorpresa a tus años — cuando escuché a mi padre hablarme de ese modo, me sentí tan abandonada por quienes decían amarme, que no pude estar ni un minuto más en esa casa.

Ni un adiós les dirigí, salí de ahí con lágrimas contenidas en los ojos porque ni eso quería que vieran, no permitiría que me vieran llorar nunca.

Se dice que mujer precavida vale por dos, y yo lo era, pues para evitar tener un hijo de ese hombre, había ido a que me recetaran la píldora a escondidas de todos.

—¿Señora, está bien? —preguntó Kyle, que, al verme salir de la casa, él se apresuró en hacerlo del coche para abrirme la puerta.

—Sácame de aquí, por favor —y no pude aguantar más, rompí a llorar en cuanto cerró mi puerta.

Llegamos al centro comercial y bajé de nuevo con peluca y gafas. La verdad es que así me estaba librando de que me siguieran los *paparazzi*, lo que menos necesitaba era que anduvieran haciéndome fotos y metiéndose en mi vida.

Tomamos café en el más absoluto silencio, pasamos por unas cuantas tiendas, y después de comprar algunas cosas, paramos a comer.

—Lo de ayer fue...

—No digas nada, por favor —le corté. No quería que se compadeciera.

—No puedo, Alice, de verdad, escuchar aquello fue demasiado.

—Pues no lo escuches. ¿Qué hacías en el pasillo?

—Fui a ver si ibas a necesitarme para salir, pero al ver la puerta cerrada me sorprendí y cuando te escuché...

—No me lo recuerdes, que la que sufrió todo eso fui yo.

Estaba triste, hecha una mierda y lo peor de todo es que me mataba ver compasión en alguien que no era de mi familia.

—¿Has hablado con tus padres?

—No quiero hablar aquí, Kyle.

—Está bien.

Acabamos de comer, tomamos el café y, como la otra vez, salimos del centro comercial.

Fuimos en coche y pensé que me llevaba de nuevo a ese parque, pero al ver que se abría una puerta que daba a un garaje, me quedé sorprendida.

Me abrió la puerta, me llevó hasta la planta de arriba y cuando entramos vi que estábamos en una casa.

—Es de mi hermano pequeño, tiene un bar así que aquí podremos venir siempre que quieras para hablar tranquilamente —me dijo cuando cerró la puerta que daba al garaje.

Se veía una casa acogedora, me guio hasta el salón y me dejó en el sofá mientras él iba a preparar un café.

—Aquí tienes.

Se sentó a mi lado, cogí la taza y di un sorbo. La verdad es que estar con él me sentaba bien, Kyle conseguía que me calmara un poco.

—¿Por qué consentiste este matrimonio, Alice? —preguntó tras unos segundos de silencio.

—Era la voluntad de mis padres, no pude hacer nada. Intenté convencerles de que no se llevara a cabo la boda, no conocía de nada a ese hombre, no había tratado con él, pero fue inútil.

—No puedo verte así, de verdad que no.

Había sinceridad en sus palabras, lo miré y estaba con los codos apoyados en las rodillas, mirando hacia la taza de café que sostenía en sus manos.

—No puedes hacer nada, Kyle, ni yo tampoco.

En realidad, sí que había algo que podía hacer, pero eso, si tuviera que hacerlo, sería como último recurso llegado el momento.

Se levantó y salió del salón, poco después volvió con un tubo en la mano.

—Date esta pomada... —Se quedó callado, pero le entendí.

La guardé en el bolso y se sentó de nuevo.

Nos tomamos el café, no hablamos de nada, pero sabía que siempre que quisiera hacerlo, él estaría ahí para escucharme.

Me dolía todo, no podía dejar de sentir esa sensación de que me estaba rompiendo por dentro, pero tenía que mostrar una fuerza que realmente no me acompañaba.

Regresamos a palacio y de nuevo ahí estaba mi marido esperando. Noté a Kyle ponerse tenso, pero le hice un gesto para que no diera a entender que sabía todo, bueno, lo que había escuchado el día anterior.

—Al fin llega mi esposa. ¿Hoy sí te has follado al chofer como la puta que eres? —preguntó y escuché a Kyle resoplar— Al dormitorio, ahora. Tienes que cumplir conmigo, no con otro.

Kyle quiso acercarse, como la otra vez, pero con lágrimas en los ojos negué y le pedí, por favor, que no lo hiciera tan solo moviendo los labios.

Entramos en nuestro dormitorio y tras colocarme como él quería sobre la cama, con el trasero elevado, me bajó los pantalones y la braga de un tirón y me penetró fuerte por delante.

No era delicado, no me molesté ni en llorar, simplemente dejé que pasara el tiempo con la mente lo más en blanco posible.

Cuando todo acabó, salió de mí sin decir una sola palabra. Me duché para quitarme esa sensación de dolor, de asco y me acosté.

No quería saber nada de nadie, no tenía fuerzas ni ánimo para bajar a cenar. Solo quería cerrar los ojos, que acabara el día y, si pudiera ser, mi vida.

Capítulo 6



Bajé a desayunar cabizbaja y le dije a Fernán que iba a salir a comprar unos libros, me ignoró por completo, sabía que luego me lo haría pagar, pero si no salía también lo pagaría.

Tras el desayuno le pedí a Kyle que nos fuéramos, él asintió con tristeza y salimos de palacio.

Me llevó a una librería donde compré varios libros, era mi única forma de escape a esos momentos dentro de aquella cárcel de cristal.

De allí volvió a llevarme a la casa de su hermano, esta vez nada más entrar me abrazó, me rodeó con sus brazos y me dio un abrazo de esos que transmiten un cariño y empatía bastante grande.

—¿Cómo estás? —me preguntó echándome el pelo detrás de la oreja y un escalofrío recorrió mi cuerpo, pero no un escalofrío de esos que causan dolor, no, era de esos que te hacen sentir que estás a salvo, en el lugar adecuado.

—Me quiero morir —murmuré comenzando a llorar.

—Eh, no —me agarró la barbilla con sus manos y besó mi frente con un cálido beso—. Ven —agarró mi mano y me llevó hasta el sofá donde nos sentamos de lado, mirándonos y con las manos que me las tenía sujetas y acariciándolas con la yema de sus dedos.

—Me estoy volviendo loca, no sé qué hacer, pero me estoy volviendo loca, me está matando en vida y no puedo soportar el dolor que me produce constantemente, físico y psicológico.

—Lo mataría, te juro que lo mataría y te juro que no me voy de allí por no dejarte sola, pero me iría.

—No tienes que hacerlo por mí.

—Sí, Alice —sujetó mi barbilla con cariño—. No te voy a dejar sola y estoy pensando alguna forma de parar todo esto, a mí me duele más de lo que imaginas.

—No quiero que te afecte.

—Es inevitable y es que...

—¿Qué?

—Siento algo muy fuerte por ti —dijo en un tono que me llegó al alma.

—No, Kyle, no puedes enamorarte de mí, te destrozarías la vida —comencé a llorar con más fuerza.

—Ya la tengo destrozada, ver cómo actúa contigo, no sé cuánto tiempo más aguantaré sin hacer una locura.

—No lo hagas, seguramente sea yo quién la haga, total, en la cárcel seré libre, en esa casa no.

—No, no hagas eso, piensa en frío, quizás haya alguna forma de deshacerte de él, de poder volar de su lado.

—No, no la hay, mientras Fernán viva estoy condenada a estar a su lado —me abracé a él rompiendo a llorar y sintiendo algo muy fuerte mientras me arropaba en sus brazos y es que me trataba como una mujer, no como un saco de mierda al que golpear y usar a su antojo.

—Vamos a pensar las cosas bien, yo te ayudaré en todo.

—Me da miedo a que me haga más daño y al final sea a mí a quien le pase, estoy en carne viva y a él le da igual.

—¿Cómo en carne viva?

—Las heridas de atrás no dejan de sangrarme, me pongo la pomada que me diste, pero me hace nada y no puedo ir a un médico, me lo prohibió por completo.

—¿Tienes heridas?

—Me duelen a rabiar —dije llorando con mucha tristeza.

—¿Te fías de mí?

—No te entiendo...

—Déjame curarte.

—No —sonreí, me había sacado una sonrisa con eso—. No, no, ya irán cicatrizando, poco a poco, no te preocupes —dije con tristeza.

—No te haré nada, de verdad, déjame curarte, fíate de mí.

—Me muero de la vergüenza —me pegué a su pecho y me abrazó acariciándome el pelo.

—Déjame curar tus heridas, solo quiero hacer eso...

—Es muy violento —sonreí entre lágrimas apartándome y mirándolo.

—Confía en mí.

—Lo hago —dije con tristeza.

Se levantó y fue hacia el baño, apareció con agua oxigenada, yodo y algunas cosas más, lo puso todo en una mesita auxiliar que había al lado del sofá.

—Ven, échate sobre mis piernas y tranquila, iré con mucho cuidado.

—Por Dios, qué vergüenza —sonreí mientras seguía llorando.

—Tranquila —sonrió con tristeza.

Me bajé la braguita sin que se me viera nada y la puse a un lado, llevaba un vestido por las rodillas. Me eché bocabajo sobre sus piernas dejando sobre ellas mis caderas.

—Me muero —dije cuando me coloqué.

—No te vas a morir —lo escuché sonreír subiendo el vestido hacia mi cintura.

Abrió con cuidado mis nalgas con sus dedos y yo me puse las manos en la cara, tenía un pellizco en el estómago bastante grande y una vergüenza que me moría, pero con él, todo lo veía de otra manera, no era mi enemigo, me estaba demostrando que no.

Eché un poco de agua oxigenada y fue dándome con cuidado con un algodón, noté una sensación fuerte de frío.

—Tienes un poco de infección, sale mucha espuma. ¿Estás bien?

—Sí, tranquilo.

Luego con el yodo fue poniéndolo, dándole con cuidado con el algodón, aquello me daba mucha vergüenza, pero Kyle tenía mucho tacto.

—Voy a poner pomada en un bastoncillo para que, entre un poco mejor, no creo que te duela, si es así me avisas y paro, ¿vale?

—Vale.

Lo fue introduciendo con cuidado y lo volvía a sacar para ponerle más, luego dejó un poco por fuera.

—Listo —acarició mi espalda y me levanté, me puse la braguita.

—Gracias, Kyle —dije una vez de pie, él cogió mis manos y se levantó.

—No hay de qué, mañana volvemos a curarte, pero tienes que salir de la casa, verás que en dos

o tres días vas a estar mucho mejor.

—Hasta que me vuelva a reventar de nuevo —otra vez comencé a llorar y me abrazó.

—Pensaremos algo, no puedes vivir así — me cogió la cara entre sus manos y me besó la frente, luego me volvió a abrazar.

Y en sus brazos me hubiera quedado toda la vida, su forma de tratarme y de cuidarme era lo más bonito que habían hecho por mí en mi vida y era el hombre que cualquier mujer anhelaría tener a su lado.

Salimos de allí después de tomar un café y volvimos a palacio, se acercaba la hora de comer y era mejor que apareciera.

Cuando entramos me fui directa al salón a comer y ahí estaba él, con esa cara de asco y odio, esa que me daba tanto terror.

—Cierra la puerta —dijo cuando ya teníamos la comida sobre la mesa.

—Fernán... —dije comenzando a llorar.

—¡Cierra la puerta!

Me levanté y al ir a cerrar vi que estaba Kyle con los dientes apretados, cerrando los ojos y los puños con fuerza, le hice un gesto de que se tranquilizara y cerré.

—Métete debajo de la mesa y cométela como si fuera lo mejor que te vas a comer en tu puta vida —gritó con rabia.

Me metí temblorosa y él ya se había sacado su miembro, comencé a lamerlo mientras él me cogía con fuerza del pelo indicándome que fuera a más. Terminó corriéndose en mi boca y por poco vomito, luego lo eché todo sobre una servilleta, me venían arcadas grandes y él me miraba sonriendo con desprecio.

Casi ni comí, él se fue antes y yo me quedé allí llorando.

Subí a mi cuarto donde pasé el resto del día y ni siquiera bajé a cenar, dije que me encontraba enferma y Fernán no me dijo nada, me ignoró por completo y se fue.

Esa noche no pasó nada, pero a la mañana siguiente me arrancó el pantalón, la braga y me penetró riéndose, estaba enfermo, estaba para que lo encerraran y me estaba causando el dolor más grande de mi vida. Al final todo lo estaba pagando yo, sin tener culpa de nada.

Tras el desayuno dije que me iba a ver algunas cosas de tiendas, Kyle me sacó de allí a toda leche, parecía que estaba más desesperado que yo por salir de palacio, me llevó directamente a la casa del hermano y al entrar me abrazó con fuerza.

—Me estoy volviendo loco, no puedo aguantar más que te ponga una mano encima —dijo con un dolor que se reflejaba en ese abrazo.

—Yo también, no creo que dure mucho, algo voy a tener que hacer —dije entre lágrimas.

—¿Cómo tienes las heridas?

—Mucho mejor, tu cura me hizo mucho bien.

—Vamos a curar otra vez, ¿vale?

—Vale —dije ruborizándome mientras él acariciaba mi mejilla con su mano.

Fue por todo lo necesario y volvió a sentarse en el sofá, yo me puse sobre él como el día anterior, él hizo lo mismo, con cuidado, con mimo, con ese amor que desprendía. Cuando terminé y me levanté agarró mis manos con mucho cariño.

—Me estoy enamorando de ti —dijo con una mirada de lo más sincera que había visto en la vida.

—No me digas eso —las lágrimas comenzaron a nublarme la vista.

—Ojalá fuera yo el hombre que ocupara tu vida, te iba a cuidar con toda mi alma —se le

cayeron unas lágrimas que no me esperaba y rompió a llorar abrazándome, el corazón se me encogió e hice lo mismo, ojalá fuera él, ojalá lo fuera.

Nos miramos entre ese abrazo y parecía que iba a pasar, que nos íbamos a besar, pero los dos nos contuvimos y volvimos a fundirnos con fuerza en ese abrazo.

Salimos de allí un rato después y cuando llegué, Fernán, sin pudor, me dijo delante de él que ese vestido me hacía un buen culo, que subiera al cuarto que lo iba a hacer disfrutar.

—Tócala y te mato —dijo Kyle ante mi asombro.

—¿Tú, a mí?

—Yo a ti —tiró de mí y me puso tras él, protegiéndome.

—Mira, ya que la vas a proteger, encárgate de ella, hoy me viene una de mis visitas más codiciadas, la quiero en mi cama toda la semana —soltó con asco y riéndose refiriéndose a una de sus amantes—, pero cuando mi visita se vaya, quizás tú acabes despedido.

—Hazlo, será bastante el dinero que gane en una revista hablando de cómo eres —le dijo sin temblar.

—Ya lo veremos... Y tú —se refirió a mí—. Quiero que esta semana desayunes y comas en la cocina y márchate de mi cuarto, lo necesito para mis placeres —dijo riéndose como loco y marchándose.

—Gracias, no debiste...

—Al menos esta semana te dejará en paz.

Me fui a la habitación a coger ropa para trasladarme al cuarto de invitados, vi que este tenía pestillo y lo eché, lo echaría cada vez que estuviera en él, al menos no tendría que dormir con ese monstruo que era lo más deleznable que me había echado en la cara.

Kyle era mi héroe, esa persona que me estaba devolviendo la paz por momentos, al menos cuando estaba con él, no solo curaba las heridas de mi cuerpo, sino también las de mi corazón.

Capítulo 7



Primera semana en el palacio, y empezaban mis días de descanso.

Despertar en una cama en la que había dormido completamente sola, era una maravilla.

Bajé a desayunar y lo hice, tal como pidió, en la cocina, donde Olga me recibió con una triste sonrisa y un fuerte abrazo.

Me puso el café y unas tostadas, no tenía apenas hambre así que con eso me bastaba.

—No sé en qué pensará ese hombre —me dijo Olga, mientras amasaba en la encimera.

—Supongo que como cualquier príncipe o rey que haya tenido amantes en su matrimonio, está en su derecho.

—Niña, que, si las quieren tener allá sus conciencias, pero que no las metan en la casa conyugal y también en la cama.

—No voy a hablar sobre eso, Olga.

—¡Ay, niña! No quisiera que te hubieras quedado ya embarazada.

—Ni yo tampoco —contesté disimulando.

Me despedí de ella, cogí un libro del que sería mi dormitorio los próximos días y salí al jardín a leer.

Necesitaba esa tranquilidad de la soledad, así que seguí leyendo esa bonita historia de amor que a mí me gustaría estar viviendo con mi marido.

—Señora —la voz de Kyle me llegó por la izquierda, lo miré y me sonrió levemente.

—Hola, Kyle.

—¿Va a salir hoy? —preguntó y yo fui a negar, pero él asintió levemente antes de volver a hablar— La espero en el coche, entonces.

Se marchó y subí al dormitorio, dejé el libro y tras coger el bolso salí de la casa. Kyle me abrió la puerta del coche y me subí.

Fuimos directamente a la casa de su hermano, allí me dio uno de esos abrazos que tan bien me hacían en cuanto cerró la puerta.

—¿Cómo estás?

—Ahora mejor.

—¿No ibas a salir hoy?

—No, tenía pensado quedarme leyendo y...

—Bueno, pues hay que hacerte la cura.

—¿Otra vez? —pregunté muerta de vergüenza y sonrojándome.

—Sí, ve quitándote...

Se quedó callado y mirándome puesto que en esta ocasión llevaba pantalones y la camiseta no me cubría suficiente. Me dejó sola para ir al baño a por lo necesario para la cura y cuando regresó llevaba una toalla.

—Cúbrete con ella para que puedas quitarte todo —dijo entregándomela.

Eso hice y, como las veces anteriores, me recosté sobre él y empezó a curarme con cuidado, aunque la verdad es que ya no tenía tantísimas molestias como al principio.

—Va mucho mejor —dijo cuando acabó.

Me volví a vestir mientras iba de nuevo al baño a dejarlo todo y cuando apareció en el salón, me cogió la mano y me llevó a la cocina.

—Hoy comemos aquí.

—¿Aquí?

—Sí, le pedí a mi hermano que trajera comida de su bar y...

Abrió la nevera y sacó una botella de vino, y del horno una bandeja con un asado que se veía delicioso.

—¡Vaya! No hacía falta.

—Te mereces un descanso, Alice.

—Muchas gracias, de verdad.

Comimos mientras veíamos una película a la que, sinceramente, no le presté demasiada atención.

Estaba más centrada en lo que me hacía sentir el hombre que tenía al lado. Era atento, cariñoso, siempre con una palabra agradable que decir para conseguir animarme, nada que ver con el que me esperaba en casa.

Bueno, realmente esta semana no me esperaba a mí, tenía una visita que lo entretendría como había dicho.

Acabamos de comer y me ofrecí a recoger y fregar lo que habíamos usado, Kyle se negó, pero no consiguió evitar que lo hiciera.

Después nos sentamos en el sofá, tomamos café y charlamos un poco.

Su hermano tenía treinta y cinco años, era soltero y el dueño de su propio bar restaurante. Al parecer le había ofrecido la posibilidad de que se asociara con él, pero Kyle decía que trabajando como chofer para la casa real le iba bastante bien.

—Pero ahora me lo estoy replanteando. Después de lo que te está haciendo...

—Puedes dejarlo, si es lo que quieres, sé que te hará bien estar lejos de ese lugar.

—Estando tú allí, no pienso dejarte sola.

—Kyle...

Él me pasó el brazo por los hombros y me pegó a su costado en cuanto me vio llorando, me abrazó y dejó un beso en mi cabello. Así nos quedamos, en silencio y sin decir palabra alguna, hasta que le pedí que me llevara de regreso.

Fernán estaba ocupado con su visita, pero yo no quería tener que encontrármelo y que me dijera algo por volver de nuevo con el chofer.

Aquella noche solo tomé un té a la hora de la cena, no tenía hambre y Olga me entendió.

Esa mujer estaba desesperada por tener que aguantar al principito y sus andanzas con la mujer que se había llevado a casa.

Si supieran esto mis padres... ¿Consentirían el divorcio?

No, seguro que no. Me dirían que aguantara pues es lo que en muchas ocasiones se les dice a las princesas.

Me acosté después de leer un rato y tomar un baño, esa tranquilidad de saber que mi marido no me tocaría en unos días, me hacía feliz como nadie podía llegar a imaginar.

A la mañana siguiente bajé a desayunar a la cocina, segundo día de esa que iba a ser mi semana libre de dolores.

Acababa de bajar el último escalón cuando me topé con...

—¡Oh, hola! —saludó una mujer muy ligera de ropa que no me hacía falta preguntar quién era — Así que tú eres la princesa. Qué lástima que no estés disfrutando de tu marido. ¿Con lo buen amante que es y te niegas a que te haga suya en la cama?

¿Cómo había dicho? ¿Yo negarme a que me hiciera suya? Pero, ¿qué mentira le había contado Fernán a esa mujer?

—No le he negado nada, ha consumado el matrimonio y me ha usado como le ha venido en gana —contesté.

—Niñita, no saques las uñas, que eres una princesa.

—Sí, y usted no está a la altura, señorita —miré a Kyle, que apareció en ese momento y la mujer se relamió los labios al verle.

—¡Vaya, vaya! Fernán no me dijo que tuviera un empleado tan guapo. Dime, ¿te unirías a nosotros, cariño?

—Suba a que la folle el señor, o a chupársela o lo que sea que vayan a hacer, y límitese a no molestar a la princesa. Señora —Kyle me tendió la mano, se la cogió y me sacó de allí

—Gracias —dije cuando entramos en la cocina.

—Si esto lo supieran sus majestades... —escuché decir a Olga.

—No harían nada —contesté.

—La señora Amelia sí, estoy segura. Ella no educó a su hijo para que fuera como el padre.

—¿Qué has dicho? —pregunté alucinando por completo.

—Lo que has oído, niña, el rey fue una pieza en sus tiempos mozos.

—No quiero saber nada, de verdad que no.

Me llevé las manos a la cara, empezaba a notar que me dolía la cabeza y era por toda la tensión que llevaba acumulada desde el fatídico día de mi boda.

Desayuné, salí al jardín a leer y Kyle se ofreció a que saliéramos, pero no tenía ganas. Quería quedarme sola y eso hice.

Me encerré en mi dormitorio el resto del día y no salí para nada.

Se me pasaron tantas cosas por la cabeza, que cualquier día acabaría cometiendo una locura. No quería, de verdad que no, pero mi cordura estaba pendiendo de un hilo.

Capítulo 8



Me levanté escuchando dos golpes en la puerta bien fuerte, tenía el pestillo echado y eso enfureció a Fernán.

Abrí temblando y entró echando chispas.

—No vuelvas a encerrarte, ahora tendrás tu castigo, te voy a dar por donde más te duele. ¡Desnúdate y pon el culo!

—No, por favor —dije llorando.

—No, no le vas a dar por ningún sitio —apareció Kyle con la cara desencajada y el puño apretado.

—Tú no te metas o mira si quieres, pero te quedas ahí fuera.

—Fernán, sal de aquí —entró poniéndose delante de mí para protegerme.

—¡Estás despedido!

—Genial. Alice vístete, te voy a llevar a dar una vuelta.

—Ella no va a ir a ninguna parte.

—Claro que se va a ir, créeme que sí.

—Cuando vuelva se lo haré peor, como un cerdo abriéndose en canal —en ese momento Kyle se giró y le dio un puñetazo que lo dejó mareado.

Se dio la vuelta y se fue, no sin antes mirarnos con odio.

—No debiste...

—Vístete, por favor —me dijo con cariño—, te espero aquí tras la puerta —cerró.

Me acababa de salvar de una buena, pero sabía que después iba a ser peor, aunque bueno, me aliviaba saber que me había protegido de pasar por eso ahora. Lo que me preocupaba era lo del despido, no sabía si era cierto, si era así, entonces sí que iba a estar sola con aquel maltratador y mi vida iba a correr más peligro que todas las cosas.

Salí con el bolso y me extendió la mano para que pasara.

—Gracias por todo.

—No hay de qué —comenzó a andar tras de mí.

Justo cuando estábamos para salir apareció Fernán con la cara hinchada.

—Cuando la traigas de regreso no entres, estás despedido.

—Ok —Kyle se giró y me miró—. Regresa al cuarto y coge todo lo que tengas en él, nos vamos.

—Tú no te vas a llevar a mi mujer.

—Y a ti por delante si te metes por medio —le dijo acercando su cara en tono amenazante.

—No te muevas —me señaló Fernán y Kyle le cogió por el cuello.

—Vete para coger todo, me encargaré de que él no te siga —dijo agarrándolo con fuerza por el cuello.

Asentí temblorosa y fui a por mis pertenencias, metí todo en dos maletas que cogí como pude y

un bolso grande, aún tenía muchas cosas en casa de mis padres que pensaba ir trayendo, poco a poco, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero lo iba a hacer.

Bajé y Kyle tenía suelto a Fernán, pero pegado contra la pared, se vino hacia mí, cogió las maletas y me hizo un gesto para que saliera. Algo le debió de haber dicho a Fernán mientras recogía porque no dijo ni esta boca es mía.

—¿Dónde vamos? —pregunté cuando me subí al coche en el asiento del copiloto esta vez.

—A mi casa, nos vamos a mi casa.

—No quiero ser...

—No digas nada, por favor, lo hago porque quiero y porque no voy a permitir que nadie más te vuelva a poner una mano encima, tienes solo veinticinco años y ya has vivido un horror que nadie debería de pasar por eso.

—Se va a liar una muy gorda.

—Lo iremos arreglando.

—Has perdido tu trabajo por mi culpa —dije con tristeza.

—Mis padres fallecieron y nos dejaron unos buenos ahorros, mi hermano montó el restaurante y yo lo tengo todo guardado, mi casa está pagada y con este trabajo también me dio para ahorrar bastante, podría estar unos años sin trabajar. No te preocupes por eso, me tomaré unas vacaciones, además, trabajo no me va a faltar, así que, por favor, quédate tranquila.

—No sé qué voy a hacer con mi vida —me eché a llorar.

—¡Eh! —paró el coche a un lado y me agarró la cara— Te vienes conmigo, al menos estás a salvo y tienes mi casa.

—Ya, pero...

—Confía en mí, ¿vale?

—Vale —dije con tristeza.

—Te voy a cuidar como nadie lo hizo hasta ahora —me besó la frente después de secarme las lágrimas con la yema de sus dedos.

—No tienes por qué hacerlo.

—Sí, sí tengo por qué hacerlo, me sale de aquí —se señaló al corazón, arrancó de nuevo el coche y siguió conduciendo.

Salimos de la ciudad, vivía en un pueblo a las afueras alejado de todo el bullicio. Tenía una casita con un terreno pequeño, pero precioso y un jardín muy cuidado, me quedé maravillada viendo la paz de ese lugar tan acogedor.

La casa por dentro era alucinante, de piedra, paredes decoradas rústicas que eran una maravilla, todos los muebles en madera antigua blanca. La cocina me enamoró, al igual que el salón con esa chimenea preciosa, dos baños, uno en el pasillo y otro en uno de los dos dormitorios, en el de él, donde había una cama gigante de matrimonio, en el otro, dos camas.

Dejó las maletas en la habitación de las dos camas.

—Aquí puedes colocar todo y estar tranquila.

—Gracias, Kyle.

—Vamos a desayunar.

—Sí, necesito un café —sonreí con tristeza, no sabía cómo agradecerle que me hubiese sacado de allí, aunque sabía que esto iba a tener muchas consecuencias. Me aterraba el solo hecho de pensarlo.

Preparó el desayuno mientras me miraba sonriendo, me hacía sentir de una forma que jamás había sentido y es que con él encontraba la paz a pesar de saber que ahí fuera me esperaba una

buena guerra.

Sacó todo en una bandeja hasta el jardín, nos sentamos en un rincón donde había una mesa y cuatro sillas de madera que me contó pertenecían a sus difuntos padres, era preciosa, tallado todo a mano.

—Gracias de nuevo —dije acariciando su mano por encima de la mesa y él me devolvió la caricia con la yema de sus dedos.

—No me des las gracias, estaba para protegerte y eso hice.

—Sé que todo esto va a tener unas severas consecuencias, pero fue demasiado para mí y el haber salido de allí sabiendo lo que me esperaba, es de agradecer.

—Las consecuencias serán si lo permitimos, por mi parte puedo garantizarte que haré lo que sea para que no vuelvas allí.

—Mis padres me van a desheredar y yo no tengo para pagarte —dije con tristeza.

—No quiero dinero, quiero verte a ti feliz y sonriendo ante la vida.

En ese momento sonó el teléfono y era mi padre, me puse pálida.

—Cógelo y no te achantes.

—Vale.

Descolgué la llamada y puse el manos libres.

—Dime, padre.

—Vuelve ahora mismo junto a tu marido —dijo en un tono nada conciliador.

—No, padre, no voy a volver ni ahora, ni nunca.

—Vuelve ahora mismo o me encargaré de que en la vida puedas trabajar ni valerte por ti misma.

—Padre, prefiero ser una vagabunda que vivir las vejaciones y humillaciones a las que vosotros me habéis arrojado.

—Esto no se va a quedar así.

—Adelante, creo que a la opinión pública no le hará gracia saber lo que le hicieron a su hija en palacio, así que buenas tardes y no la vuelva a amenazar —dijo Kyle y colgó la llamada.

—Voy a tener que volver —dije llorando.

—No, no vas a volver. Mírame —dijo acariciando mi mano—. Deja que sea yo el que te cuide, conmigo no te faltará de nada.

—No quiero ser una carga...

Kyle se levantó, vino hacia mí, me hizo levantar de la silla y cogió mis manos.

—No puedo ofrecerte un palacio, ni un título, pero sí puedo ofrecerte que tengas la paz y el respeto que te mereces. No quiero obligarte a estar conmigo toda tu vida, si algún día decides irte lo entenderé, pero, siempre que sea para ser feliz, no para que te hagan daño.

—Pero no me siento bien viéndote en esta obligación.

—No es obligación, Alice, siento algo muy fuerte por ti y daría la vida por ser yo el que me hubiera casado contigo —murmuró haciéndome sentir un cosquilleo en el estómago que jamás había sentido.

—¿Me dices eso en serio?

—Con todo mi corazón y es que nunca había sentido algo así por nadie —acarició mi mejilla y besó mi frente, lo abracé con fuerza.

—Yo tampoco había sentido algo así, eres la persona que más me ha cuidado del mundo.

—Y te cuidaré siempre que me dejes —su mirada me hacía sentir que era sincero.

—¿Y qué puedo hacer yo por ti? —pregunté con tristeza.

—Nada, ya lo haces sin saberlo.

Me eché de nuevo en sus brazos mientras él me arropaba y besaba mi frente con un cariño que me hacía estremecer.

Nos sentamos a desayunar y yo seguía con ese cosquilleo en mi estómago, me daban ganas de abrazarlo y no dejar de estar así ni un solo momento y es que, con Kyle, estaba experimentando una sensación tan bonita que me hacía estremecer.

Tras el desayuno nos fuimos a otro pueblo a hacer una compra en un supermercado, me puse unas gafas de sol grandes y el pelo estirado para que no se me reconociera, aunque tenía la sensación de que todos me miraban.

Hicimos una compra que parecía que era para todo un ejército, se dejó un pastizal y es que ahí teníamos comida para unos meses, era una barbaridad de exagerado, pero todo le parecía poco.

Llegamos a la casa y nos pusimos a colocar todo entre bromas, me agarró por detrás y me abrazó en un momento de esos que tenía las manos llenas de harina y me las quería poner en la cara, al final con los nervios agarré el paquete y voló, nos pusimos blancos de harina hasta las cejas, me tuve que reír un montón.

A la hora de la comida también la hicimos en el jardín y es que había que aprovechar esos días de calor de verano que nos regalaba el tiempo.

Estuvimos toda la tarde ahí fuera charlando y contándome sobre su vida. Había tenido una novia durante ocho años y ella le engañó con su mejor amigo, era una historia superada, pero en la que lo había pasado muy mal.

Esa noche cenamos en el salón y luego nos quedamos un rato en el sofá charlando, sin tele ni nada, me agarraba de la mano con mucho cariño.

A la hora de irnos a dormir me dijo que me podía ir con él a su habitación si quería o dormir sola en la de las dos camas, lo miré sonriendo y le dije que donde el quisiera yo estaría bien.

En ese momento me cogió en brazos y entre risas me llevó a su habitación, me echó sobre la cama y se acostó junto a mí.

—Aquí a mi lado estarás mejor —me hizo un guiño y me besó la frente.

Y sí que iba a estar mejor, además deseaba dormir al lado de ese hombre que tanto bienestar me causaba, deseaba estar junto a él.

—¿Me das un abrazo? —le pregunté con timidez.

—Ven —metió su mano por debajo de mi cuello y me pegó a él—. Puedes abrazarme cada vez que quieras, no tengas miedo de nada —me volvió a besar la frente.

Y ahí me quedé pegada a él toda la noche, le besé el hombro en varias ocasiones y me preguntaba cómo sería hacer el amor con un hombre como él, después de lo vivido quería imaginar que ese acto podía ser algo bonito...

Capítulo 9



Desperté en medio de una pesadilla y me senté con la mano en el pecho. Kyle se sentó frente a mí poniendo sus manos en mis hombros.

—Me muero, he revivido todo —dije echándome a llorar en su hombro.

—Lo siento, preciosa, lo siento —decía besando mi cuello.

Lloré durante un rato con una tristeza y desconsuelo increíble, Kyle no sabía qué hacer para consolarme, no dejaba de abrazarme fuerte.

Me cogió por la cintura y me llevó a sentarme encima de él, en sus piernas, frente a frente, para abrazarme mejor.

Unimos las frentes mientras yo le agarraba la cara.

—Gracias por estar conmigo —murmuré entre lágrimas.

—Siempre, siempre que me dejes lo estaré.

Y fue en ese momento en que nuestros labios ya no aguantaron más y se regalaron un tierno beso de esos de verdad, de esos que siempre había imaginado y leído en las numerosas novelas que había ido adquiriendo durante varios años.

Me quedé abrazada sobre él un buen rato, en medio de esa cama que era la paz que no tuve en la de palacio, esta era como un cuento de Disney donde no había ogros ni nada que pudiera hacerme daño y es que así es como yo me imaginaba una vida de amor.

—¿Te sientes mejor?

—Sí —sonreí—, estaba pensando en estos momentos.

—¿Qué pensabas?

—Que siempre imaginé el amor así y no como lo he vivido.

—Me alegra saber qué piensas eso, quiero hacerte sentir eso que te mereces y que no es otra cosa que estar bien.

—Eres muy bueno —me eché en su pecho para que me abrazara más fuerte.

—Y tú eres todo aquello que hace que una persona lo sea.

—No, tú eres así por naturaleza —reí mirándolo y lo volví a besar y es que deseaba perderme en esos besos que él sabía darme y que me hacían sentir que la felicidad existía.

—Solo quiero sanar tus heridas y conseguir hacerte feliz —dijo acariciándome la espalda con mucho cariño.

—Bueno, una herida me curaste —reí recordando con el mimo que sanó mi trasero.

—Jamás nadie te volverá hacer semejante canallada, jamás, Alice, jamás.

—Gracias, de verdad.

—Gracias a ti por haberte venido conmigo, y ahora toca desayunar —me cogió en brazos y me llevó a la cocina entre besos.

Me sentó sobre la encimera a su lado mientras él lo preparaba y no, no hubo forma humana de que me dejara ayudarlo, ahí me dejó haciéndome guiños con medias sonrisas y acercándose a

darme algún que otro beso.

Esta vez desayunamos en la cocina, yo sobre la encimera y él de pie deleitándose con esa preciosa mirada y dándome de su tostada. Me encantaba ese hombre y me hacía sentir algo tan bonito que no me podía creer que después de lo sucedido me estuviera pasando esto.

Tras el desayuno nos fuimos a hacer la cama y fue entonces cuando lo tiré encima de mí echándome sobre ella.

—Quiero estar aquí abrazada a ti —murmuré ruborizada, pero es lo que quería.

—Tengo todo el tiempo del mundo —acariciaba mi pelo y no dejaba de regalarme besos.

No había estado con ningún otro hombre que no fuera Fernán y ahora tener esto era como tener la vida en mis manos, como sentirme de verdad una princesa y no de esas de la nobleza precisamente, eso me daba asco, ahora me sentía su princesa, de las de verdad, de esas que nos enamoraban con sus historias en las películas.

—Kyle...

—Dime, preciosa.

—Quiero hacerlo contigo —las mejillas se me pusieron rojas como tomates y a él le causé una sonrisilla preciosa.

—Me da miedo hasta tocarte —mordisqueó mis labios.

—No me voy a romper —volteé los ojos riendo.

—¿Estás preparada para ello?

—Sí, lo deseo, de lo contrario no te lo hubiese dicho.

—Hay un pequeño problema —apretó los dientes.

—No me asustes —reí.

—No tengo preservativos, hace tanto tiempo...

—Si te vale que me estoy tomando la píldora para no quedarme embarazada de aquel monstruo... —Volteé los ojos apretando los dientes.

—Me alegro de que lo hicieras, eso te hubiera condenado de por vida a tener algo con él, de haber tenido un hijo y con lo que estoy seguro que te habría hecho mucho daño.

—Ahora voy a hacer todo lo contrario, dejar de tomarla para engañarte y tener un hijo contigo —reí pegando mi cabeza a su pecho.

—¡Ay Dios! Me encanta esa parte tan divertida y espontánea que sacas.

—Tú eres el que lo consigues.

Y ahí fue cuando me dio un beso de verdad, tierno, pero con la fusión de nuestras lenguas buscándose.

Metió la mano por debajo de mi camiseta y comenzó a tocar mi piel con esos dedos que me hacían sentir que era lo que quería.

Me quitó la camiseta y me levantó un poco para quitarme el sujetador, besó con mucho cuidado mis pechos y se me erizó la piel, poco a poco, fue despojándose de mi ropa hasta dejarme desnuda ante él, luego se desnudó y vi el cuerpo más bonito que jamás hubiera podido imaginar.

Besó mi cuello, mis pechos, mi estómago y fue bajando hasta mis piernas, esas que abrí para que hiciera lo que quisiera, en ese punto ya estaba conociendo el verdadero significado del placer.

Lamió y besuqueó mi entrepierna, salió un jadeo de mí, que hasta yo misma me sorprendí. Comenzó a tocarme el clítoris, ese botón que nadie había tocado, a la vez que lamía mi interior, pero todo con mucho tacto.

Empecé a excitarme con ese movimiento de dedos y me agarré a las sábanas echando mi cabeza hacia atrás.

Con su otra mano me penetró con sus dedos a la vez que me masturbaba, yo jadeaba de placer y soltaba chillidos contenidos de esos que te faltan el aire.

Llegué a un orgasmo, el primero de mi vida, ya que jamás me había masturbado a mí misma, era como un pecado capital, al menos eso me habían hecho creer.

Caí rendida sobre las sabanas y él subió hasta mí para besar mi cuello, esperó a que me repusiera y luego abrió mis piernas con cuidado, sin dejar de mirarme y fue penetrándome con su miembro lentamente, solté el aire, ese que comenzaba a perder de nuevo.

Me lo hizo con calma, con mucho cuidado, pero en su rostro podía ver que estaba disfrutando tanto como yo, aquello sí era lo que yo imaginé como hacer el amor entre dos personas que se aman y se desean, aquello hizo temblar todo mi cuerpo, me hizo sentir que todo tenía sentido y que ahí es donde siempre soñé estar.

Cuando acabamos nos fuimos a la ducha, me llevó en brazos, yo me sentía como una niña pequeña en manos de su héroe y es que él, era eso para mí, mi más bonito héroe.

Enjabonó con cuidado mi cuerpo, notaba que le daba miedo hacerme el más mínimo daño, era dulzura lo que me transmitía, era respeto, lo era todo...

De ahí nos fuimos a cocinar, entre más besos e incluso puso algo de música y me hizo bailar, me moría de la vergüenza, yo era más torpe que todas las cosas y él sorprendentemente sabía mover el esqueleto.

Nos tomamos una primera copa de vino y la saboreé como jamás antes lo había hecho, me sabía cómo un regalo de la vida de esos que te dejan el mejor del paladar en un momento así de dulce.

No dejaba de decirme que lo tenía nervioso y es que, me puse una camiseta larguita solo con la braguita debajo y cuando lo rozaba con mi pecho decía que así no podía cocinar. Yo me echaba a reír, me levantaba la camiseta y la bajaba rápidamente para ponerlo más nervioso.

Y no llegamos a la comida, ahí en la encimera me bajó la braga y con mis piernas colgando lo hicimos, me encantó ese momento sujetado a mis caderas y mirándome con esa media sonrisa en la que se le dibujaba el placer.

Capítulo 10



Un nuevo día en casa de Kyle, que me sorprendía con el desayuno en la cama.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días. Me muero de hambre —dije cogiendo una tostada y dando el primer bocado.

Se sentó en la cama conmigo y desayunamos en silencio, pero acompañados de esas miradas y gestos de cariño que ninguno de los dos podía, ni quería, evitar.

Estábamos acabando cuando recibí un mensaje de Fernán. No me atrevía a abrirlo, me daba pavor hacerlo y saber que me diría de todo.

—Léelo —me pidió Kyle cogiéndome la mano con cariño, y eso hice.

«Alice, tienes cuarenta y ocho horas para regresar a palacio, o tus actos tendrán consecuencias. Eres mi esposa, la Princesa de Arsolla. No olvides cuánto puedes perder con esto, y no solo tú. Cuarenta y ocho horas, ni una más»

—¿Amenazando? Pues muy bien, si él lo quiere así, así será —dijo Kyle, cogiendo el móvil.

Le vi pulsar el botón de micrófono y empezó a hablar.

—Escúchame bien, principito. La próxima amenaza que reciba Alice de tu parte, te aseguro que vas a saber lo que es sentir la humillación en tus propias carnes. Te aconsejo que vayas preparando el divorcio o tendré que pedírtelo de un modo menos discreto. Si vuelves a molestar a mi pareja, no tardaré ni cinco minutos en contestarte en un programa de televisión.

Le dio a enviar y bloqueó el teléfono. Me abrazó y besó mi cuello mientras yo seguía temblando como un flan.

No me podía creer que se hubiera enfrentado por segunda vez a él, y además lo había hecho también a mi padre.

—Kyle, estamos perdidos.

—No, Alice, él lo está. Te juro que, si intenta algo, sale en la prensa de todo el mundo lo hijo de puta que ha sido contigo.

Sentí las lágrimas cayendo sin control por mis mejillas, Kyle me abrazó de nuevo y nos recostamos en la cama. Me acurruqué en su pecho mientras me consolaba con besos en la frente y caricias en la espalda.

No sé el tiempo que estuvimos así hasta que sonó mi teléfono y al ver en la pantalla que era mi padre, me descompose por completo.

—¡Qué demonios has hecho! —ese grito fue lo que recibí cuando descolgué.

—Pa...

—¡No se te ocurra decir una sola palabra! —no me dejó hablar— Vuelve ahora mismo al palacio, con tu marido, y deja a ese con quien estás cometiendo adulterio.

—No, no pienso volver a ese infierno al que me condenasteis vosotros. Si tanto deseas el parentesco o esa maldita relación con la realeza, ¡cásate tú con ese monstruo! —grité— Deseo

que tengas mucha suerte en esta vida porque la vas a necesitar.

Colgué, dejé caer el teléfono sobre la cama y miré a Kyle que se había quedado sorprendido al escucharme.

—Esto es la guerra, lo sabes, ¿verdad? —dije abrazándome las piernas y apoyando la mejilla en mis rodillas.

—Nuestra guerra, preciosa, de serlo, es nuestra guerra. No te voy a dejar sola, si me dejas me quedo a tu lado lo que me reste de vida.

Cerré los ojos y noté las lágrimas, Kyle me abrazó, me besó la frente y permaneció a mi lado y en silencio, calmándome.

La mañana la pasamos cocinando, quería olvidarme de todo y ese fue el único modo que se me ocurrió, perderme entre las páginas de un libro de recetas, mezclando ingredientes y con algo de música de fondo.

—Pues tiene buena pinta —dije cuando acabó de hornearse el pastel de carne—. Y huele que alimenta.

—Y seguro que está buenísimo. Venga, a la mesa.

Comimos en la terraza, aquello era una maravilla.

Cuando estábamos tomando un café cuando llamaron al timbre y entré en pánico. ¿Nos habrían encontrado?

Kyle fue a abrir y al poco volvió al salón con otro hombre que se le parecía bastante, así que supuse que era el hermano.

—Kyle, ¿qué has hecho, hermano? —con esa pregunta, resolvió mis dudas.

—Sacarla de allí, Kevin, ¿qué iba a hacer?

—Joder...

—Kevin...

—Vale, está bien. Sabes que te apoyo, hermano.

—Gracias —Kyle me tendió la mano, me puse en pie y se la cogí—. Ella es Alice. Preciosa, mi hermano pequeño, Kevin.

—Encantada.

—Princesa —Kevin hizo una medio reverencia y sonrió.

—¡Por Dios, eso no! —le pedí.

—Bueno, es una princesa, ¿no?

—No porque yo lo quisiera, de verdad, solo llámame Alice.

—Está bien, mejor, que acabaría con agujetas de hacerle reverencias.

—Mira que eres bobo, Kevin.

—¿Y ahora te enteras? Treinta y cinco años conociéndome, hermano, como para que te pille de sorpresa.

Kevin se quedó con nosotros el resto de la tarde, era muy parecido a Kyle, solo que él tenía un humor un poco más... diferente, pero de lo más divertido.

—Bueno, pues el hermano pequeño se va —dijo poco antes de la hora de cenar—. Pequeño de edad, que de estatura ya ves que somos los dos iguales. Ha sido un placer conocerte, Alice. A ver si te puedo llamar cuñada pronto —me guiñó el ojo, un par de besos y tras un abrazo con Kyle, se marchó.

—Perdónalo, siempre ha sido el gracioso de la familia —Kyle me abrazó por la espalda y me llevó hasta la terraza.

—No te preocupes, me ha caído muy bien.

—Me alegro. ¿Qué te apetece cenar?

—¿Pizza?

—Ahora mismo la pido. Busca una película o algo para ver mientras cenamos.

Me dejó un beso en el cabello y fue a llamar para pedir la cena.

Y así fue esa noche con Kyle, tranquila y relajada como la de cualquier pareja normal, sin lágrimas, sin gritos y sin órdenes, pero con todo el cariño que él tenía para darme.

Nos fuimos a la cama y solo con estar entre sus brazos me sentía feliz, pero, sobre todo, protegida y cuidada.

Pensé en mis padres, en cual sería ese motivo que los llevó a casarme con Fernán. No me cabía en la cabeza, pues bien sabían ellos que era un mujeriego y que aparecía en la prensa por sus escándalos amorosos.

Había pasado un día del plazo que me había dado para que regresara al palacio, y no tenía intención de hacerlo, desde luego que no. Nadie más que Kyle se ha preocupado por mí, se enfrentó a su jefe y me sacó de aquella cárcel de cristal en la que me habían metido mis padres.

Le debía todo a ese hombre, mi vida, mi cordura, todo.

Capítulo 11



«Veinticuatro horas, Alice, tienes veinticuatro horas para volver aquí, o juro que lo pasarás mal»

Así me desperté aquella mañana, con ese cariñoso mensaje del que era mi marido por obligación más que por elección.

Kyle no estaba en la habitación, así que cuando entró con la bandeja del desayuno me encontró llorando en la cama.

—¡Ey! ¿Qué ha pasado, preciosa?

No dije nada, tan solo le señalé el móvil que había dejado de nuevo en la mesita de noche y él lo cogió, leyó el mensaje y soltó un grito.

—Sigue con las amenazas, pues habrá que ir a la policía.

—¿Y qué voy a decirles, Kyle? Es el Príncipe de Arsolla, nadie va a creerme. Todo el mundo vio lo felices que éramos el día que nos casamos. ¿Crees que harían algo?

—Tendrán que hacerlo.

—¿Con qué pruebas? Me prohibió ir a un médico que me atendiera, no me ha dejado una sola marca porque se ha limitado a follarme como si no fuera más que una puta para él. Peor que eso, porque a ellas seguro que no las trata con tanta bajeza como hizo conmigo.

—Alice...

—No, no puedo hacer nada. Tendré que volver, Kyle, esa es la realidad. Por mucho que me duela, por mucho que me cueste y sepa que me lo hará pasar mal y que voy a vivir un infierno el resto de mi vida, tendré que acabar volviendo a palacio con él.

Me levanté y fui a encerrarme al cuarto de baño. Dejé que el agua me cubriera el cuerpo, me apoyé en la pared y fui cayendo por ella hasta quedar sentada en la ducha, llorando abrazada a mis piernas.

Qué poco había durado mi tranquilidad, la felicidad era tan efímera... Tenía el dolor más grande que podía sentir una persona, esa de querer ser amada de verdad y no poder sentirse así.

Debía volver, si no quería que todo se complicara aún más, tenía que dejar a Kyle y volver al lugar al que mis padres me habían anclado de por vida.

Cuando salí Kyle no estaba, y no había ni rastro del desayuno que había llevado. Fui a la cocina y allí lo encontré, sentado con los codos apoyados en la mesa y las manos entrelazadas en la nunca.

—Kyle —lo llamé, pero no se giró a mirarme.

Me acerqué y en ese momento me sonó el teléfono, suspiré al ver que era mi padre.

—Dime.

—¿Has recapacitado? —preguntó.

—Sí.

—¿Y bien? ¿Cuándo vas a volver? Tu marido te espera y va a perdonar ese desliz que has tenido, por tu bien más vale que no lloves un hijo de tu amante dentro porque no consentiré que lo tengas.

Y en ese momento me puse a temblar de los nervios. Si existiera esa posibilidad mi padre sería capaz de cualquier cosa.

Miré a Kyle, que seguía en la misma posición, cerré los ojos y lloré en silencio mientras pensaba mi respuesta.

—Esta noche estaré durmiendo con mi marido.

El ruido que hizo la silla en la que estaba Kyle al caer al suelo tras ponerse en pie, me hizo abrir los ojos. Me quitó el móvil de la mano y se enfrentó de nuevo a mi padre.

—¡Jamás volverá allí! —gritó— No piense que voy a dejar que vuelva con ese hombre que no ha dudado una sola vez en hacer daño y vejar a su hija, señor marqués —esa última palabra la dijo con tal odio, que supe que a mi padre no le había gustado— ¿Qué creo que estoy haciendo, pregunta? Muy fácil, lo que usted como padre debería haber hecho, creer a su hija, cuidarla y no dejarla en manos de un animal como Fernán. Yo escuché lo que le hizo, y le juro que eso no se lo deseo ni a mi peor enemigo. No vuelva a llamar, Alice no va a regresar a ese lugar en su vida, de eso me encargo yo. Como si tengo que sacarla del país. Se lo juro.

Colgó, me cogió el rostro con ambas manos, secándome las lágrimas, y me besó con tanto cariño que volví a llorar.

—No voy a permitir que regreses a palacio, Alice. Si te pierdo, no sé lo que haría. No puedes dejarme sin ti, no ahora que sé que te quiero conmigo.

Me abrazó y no pude dejar de llorar. ¿Había algo más bonito que saber que alguien te quiere?, pero que te quiere bien, que te quiere bonito, y no que lo único que quiere es causarte dolor de algún modo.

Desayunamos, preparamos la comida y el resto del día lo pasamos en el sofá, compartiendo caricias y algún que otro beso.

Su hermano lo llamó para ver qué tal estábamos, le dijo que me diera un par de besos y un fuerte abrazo y eso me hizo sonreír, sí, eran los dos iguales.

Dos hombres cariñosos y con unos fuertes valores familiares, no como el que seguía siendo mi marido muy a mi pesar.

Entré en pánico cuando Fernán me mandó un nuevo mensaje. Sin duda, aquello no iba a acabar bien.

«No eres consciente de lo que estás haciendo, el lío en el que te has metido por el encaprichamiento de un hombre. ¿Crees que le importas? Solo quiere meterse entre sus piernas, pero supongo que ya lo habrá hecho. Eres una estúpida, cuando te deje tirada querrás volver y puede que sea demasiado tarde. Tú lo has querido, Princesa Alice, tú lo has querido»

No sabía qué se le habría pasado por la cabeza a Fernán ni qué sería lo que haría, pero entré en tal estado de ansiedad, que Kyle me llevó a la cama y me dio una pastilla para que me quedara dormida.

Cuando desperté él estaba a mi lado, apoyado con el codo en la almohada y la mano en la mejilla.

—¿Estás mejor? —preguntó colocándome un mechón de pelo tras la oreja.

—No mucho, pero al menos he dormido. ¿Qué me has dado?

—Un tranquilizante, eso es todo. Vamos, levanta.

Entramos en el cuarto de baño y vi que Kyle me había llenado la bañera, me ordenó entre besos que me relajara un rato que él se encargaba de preparar la mesa, así era él, todo un caballero que me tenía rendida a sus pies.

Un rato después vino y me envolvió en una toalla, abrazándome por detrás.

—Eres lo más bonito que he tenido en mi vida —decía mirándome a través del espejo.

—Y tú lo que más quiero, porque ahora me doy cuenta de lo que es querer a alguien de corazón y no por obligación.

—Me da terror la diferencia de edad —apretó los dientes.

—Y, ¿por qué?

—Seguirás joven cuando yo me haga mayor...

—Eres un exagerado, además, me encanta que seas mayor que yo, me noto mucho más protegida, de verdad, no quiero que pienses eso, además por muchas arrugas que te salgan te amaré de igual manera.

Me abrazó bien fuerte, como a mí me gustaba sentirme en su cuerpo, lo hacía con todo el amor del mundo y es que eso podía percibirlo a cada momento.

Quitó la toalla y me giró, me abrazó y comenzó a desnudarse, se sentó sobre la tapa del wáter y yo sobre él, introduciéndome su miembro, poco a poco, hasta comenzar a moverme a ritmo de sus manos. Lamía mis pezones y los besaba, los mordisqueaba con cuidado, fue un momento muy excitante cuando terminamos y culminamos con un abrazo con esa falta de respiración vivida por el momento.

Había preparado una mesa preciosa con vino y dos platos de canapés, a cada cual más rico, estaba sintiendo el sabor de la felicidad en mi propia piel.

Capítulo 12



Esa mañana no le quise decir nada a Kyle, pero tenía una presión en el pecho increíble, para colmo había recibido un mensaje de Fernán que me había desgarrado el alma.

«Vas a ver cómo dos personas te parten el culo a la vez, uno a uno, sin descanso, me he encargaré de buscar quienes te monten la fiesta»

No se lo quise enseñar a Kyle, no quise, sabía que eso produciría algo muy fuerte en él y perdería el control, no quería meterlo en un problema.

Hice de tripas corazón y como si no pasara nada desayuné con él de lo más cariñosa, luego él se fue a la ducha y fue entonces cuando cogí las llaves de su coche y salí de allí como alma que lleva el diablo.

Conduje llorando y dispuesta a terminar con esto, no podía más, no podía aguantar más amenazas y machaques mentales, no podía y menos meter en un problema a Kyle, ese hombre que se estaba dejando la vida por mí.

Mi teléfono comenzó a sonar y era Kyle, lo apagué, no lo quería meter en esto que yo tenía que resolver sola.

Llegué a los estudios de la cadena más importante del país y el de seguridad al verme no dudó en abrirme la verja, entré y corriendo salió el director de la cadena a recibirme impresionado, sin entender nada.

- Necesito hablar en ese programa que está ahora en directo.
- Claro, pero debo saber qué es lo que quiere anunciar o decir.
- No, si quieres hablo, de lo contrario me iré a otra cadena.
- No, por favor, pase que en el intermedio preparamos todo con el presentador.
- Gracias.

Me pasaron a una zona VIP, vinieron las maquilladoras que me dieron el tono para no parecer pálida con la luz de los focos y avisaron al presentador que abriría después de la publicidad conmigo, se quedó impresionado y me dio la mano con reverencia.

Pasamos a plató y sin que nadie supiera se abrió el canal conmigo sentada a su lado.

—Muy buenas tardes, sé que os impresionará que sin previo aviso tengamos a la Princesa de Arsolla en nuestro plató, pero créanme que a nosotros también nos sorprendió su visita. Buenas tardes, Princesa.

- Muy buenas tardes, señor Johan.
- Todos, al igual que yo, nos estamos preguntando qué le trajo hasta nuestros estudios.
- Claro —sonreí con tristeza—. No me he visto jamás en el punto que me veo ahora, no tengo otra salida más que recurrir a ustedes para dar voz a la grave situación que estoy viviendo.

En ese momento miré el gráfico de panel de audiencia y de cuatro millones pasó a once, me

quedé en *shock*, me estaba viendo todo el país.

—Princesa, somos todo oídos, lo que necesite estamos a su disposición, puede contarnos.

—Mi boda no fue tan feliz como el ciudadano se piensa, es más, me casaron obligada con un hombre que es conocido por sus escarceos con mujeres —me derrumbé a llorar—. No me dieron la oportunidad de elegir.

—Princesa, tranquila.

—Desde la primera noche de la boda he sido violada, vejada, abusada de diferentes formas llegando a desgarrar e impidiendo que me viera un médico y tratada como una prostituta, incluso trasladándome a otro dormitorio para recibir unos días a una de sus amantes —tuve que parar ya que no podía seguir hablando y no dejaba de llorar.

—Con permiso —acercó su silla—. Me voy a tomar el atrevimiento —agarró mi mano para tener un gesto de cariño conmigo—. Creo que lleva dentro mucho y sí, todos sabíamos cosas acerca de él, que hemos callado por respeto, pero desde dirección me dicen que tiene nuestro apoyo y que la creemos, en las redes está el pueblo reaccionando a su favor y están indignados.

—Gracias.

—Puede seguir, a su ritmo, estamos a su entera disposición para que se alce su voz.

—Me encuentro huida de palacio desde hace unos días, alguien de allí, al señor que puso como mi seguridad, se enfrentó a él justo antes de que fuera a cometer otra vejación y me sacó de aquella jaula de cristal, me dio cobijo a pesar de haber perdido su puesto de trabajo por lo que hizo, pero no le importó. Desde entonces es quien me está protegiendo, pero no dejó de recibir amenazas por parte del príncipe, la última esta mañana, no quiero que se emita el mensaje, pero sí que usted compruebe hasta qué punto estoy aterrada —encendí el móvil, vi que tenía muchos mensajes de Kyle, el último diciendo que no me moviera de aquí que venía en taxi, me había visto en la tele, luego busqué el del Fernán, corroboró el número con el director que se asomó, este le hizo un gesto de afirmación y a ambos se les cambió la cara.

—Me voy a dirigir en estos momentos al Príncipe de Arsolla y creo que no en las condiciones que nos obliga la ley, pero después de este mensaje solo puedo decirle que usted, usted no es ejemplo más que de ser un criminal, una persona que no debería siquiera tener el derecho de nada, que lo que ha hecho con la Princesa Alice es de ser un canalla y que, si esto lo leyera el pueblo, usted no tendría valor de salir de su palacio, pues correría el riesgo de que más de uno se tomara la justicia de su mano.

En ese momento el director del programa le hizo saber al presentador que tenía que atender una llamada.

—Sí, muy buenas tardes. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—Muy buenas tardes a todos, en especial a la Princesa de Arsolla a la que le transmito todo mi pesar por la situación tan deleznable en la que se vio envuelta.

—Muchas gracias —dije sin dejar de poder reprimir las lágrimas y cuando miré hacia un lado me encontré a Kyle a un lado del director y me hizo un gesto para que estuviera tranquila con un guiño de ojo.

—Millones de ciudadanos tanto de este país como de otros a los que les está llegando la noticia, están pidiendo justicia por la Princesa Alice.

—Por favor, no me llame princesa, me hace mucho daño.

—La entiendo.

—Puede decirme simplemente Alice.

—Claro, Alice. Quiero transmitirle desde el gobierno y en voz del pueblo que no vamos a

permitir que pase por esto sola y que todos estamos con usted. Estamos dispuestos a poner las medidas necesarias y la seguridad hasta que se tome cartas en el asunto, tiene nuestro apoyo completamente.

—Gracias —dije sin poder dejar de llorar mientras el presentador del programa sostenía mi mano.

—En estos momentos me hacen saber que la persona que dio la cara por usted y que ocupaba el puesto de guardaespaldas está en plató, quiero transmitirle las gracias a ese hombre que se enfrentó aun sabiendo que tenía todas las de perder y, por supuesto, desde el gobierno si él quiere tiene el mando de nuevo como guardaespaldas personal de usted, ya que aunque se vaya a desvincular de la Casa Real, necesita por un tiempo seguridad y el estado se la va a proporcionar, además de la que le pondrán fuera de las dependencias que tenga como domicilio actualmente. No vamos a permitir bajo ningún concepto que en la monarquía de nuestro país haya ese cierto trato inhumano. Por ley debe de disponer de unos beneficios, aunque se divorcie y el estado se hará cargo de que ello se cumpla. Le transmito mi dolor en nombre de todo el país y le traslado, por parte de la fiscalía, que ya están abriendo una investigación para depurar responsabilidades.

Me eché a llorar como una niña pequeña y el presentador se puso de cuclillas apretando mis hombros.

—Lo sentimos, Alice, lo sentimos, está siendo muy valiente y el pueblo está con usted.

—Gracias.

Terminó despidiéndose de mí y del programa que ya acababa, le di las gracias a todos y me fui hacia Kyle, que me abrazó con todas sus fuerzas.

—Has sido muy valiente, has sido muy valiente —me besó la frente delante de todos que aplaudieron que él tuviera ese gesto conmigo y nos fuimos de allí.

Le di las llaves de su coche y le pedí perdón por haber hecho eso sin decirle nada, pero le expliqué que si se lo decía tenía miedo a que él perdiera la cabeza con ese mensaje y fuera en su búsqueda, así que solo vi la oportunidad de hacer esto ahora, o nunca.

—Hiciste lo correcto, me mataste de un susto, pero cuando encendí la tele buscando no sé qué, pero algo me dijo que lo hiciera y te vi ahí, supe que habías hecho lo más lógico, lo más justo y como ves, te has ganado al pueblo.

Recibí una llamada de fiscalía y tuvimos que esperar para hablar con ellos, les mostré todos los mensajes y les conté la historia tal cuál había sido, tenían con esos mensajes demasiadas pruebas, pero lo que no sabía Kyle ni nadie es que hice algo más y en ese momento enseñé, todos se quedaron blancos.

Había grabado una de mis penetraciones anales sin que Fernán se diera cuenta, la fiscalía en ese momento solo hizo una cosa, mandar a detener al príncipe y que pasara a disposición judicial sin inmunidad alguna.

Kyle se salió de la sala al ver las imágenes, no pudo soportar eso y rompió a llorar con rabia.

—Estás en muy buenas manos —me dijo el Fiscal al ver salir llorando a Kyle.

—Sí, si no fuera por él, yo no estaría ya en el mundo, pensé en...

—No, preciosa, no —me dijo con cariño—. Tu vida empieza ahora —me acarició la mejilla y me dijo que por ahora me fuera a descansar e intentar olvidar el tema ya que ellos se iban a encargar de todo.

Salí y estaba un chico de seguridad con Kyle, lo estaba tranquilizando, esas imágenes le ocasionaron demasiada rabia y dolor, lo entendía, había evitado a toda costa que las viera, pero había llegado el momento de enfrentar la verdad.

Lo abracé y me echó sobre su pecho besando mi frente, le dio las gracias al de seguridad y salimos de allí, los medios de comunicación nos esperaban en la puerta.

Paramos y le di las gracias a todos, les pedí que me perdonaran que no siguiera hablando, ya que así la fiscalía me lo había pedido y ya habían tomado medidas. Todos me dijeron que no me preocupara y que tenía su apoyo, no me esperaba tanto y me sentía más libre que nunca.

Fuimos hacia casa con un coche siguiéndonos con dos de seguridad del gobierno, ya me habían informado que estarían así unos días, tanto por mi seguridad por el revuelo de medios que se podía formar porque averiguaran mi paradero, se quedarían por turnos fuera de la casa y nos acompañarían en todos nuestros movimientos.

Llegamos a la casa y pusimos las noticias, lo primero que vimos fue cómo entraba esposado Fernán en las dependencias policiales, ya lo habían arrestado y ahí no quedaba la cosa...

Diferentes chicas habían hablado con la policía para denunciar que fueron vendidas por horas al príncipe que las vejó y las trató como escoria. La que le iba a caer a Fernán no era una tontería y el pueblo estaba en la calle delante de Comandancia Policial gritando y pidiendo justicia.

Capítulo 13



A la mañana siguiente aún estábamos con la resaca de todo lo sucedido y vi a Kyle pensativo cuando me levanté, eso sí, me tenía abrazada sobre su hombro.

—Buenos días, Kyle —dije con tristeza y salió de su pensamiento.

—Buenos días, preciosa, perdona, no me di cuenta de que despertaste.

—¿En qué pensabas?

—Nada —me dio un beso y me abrazó más fuerte.

—¿No me lo quieres contar?

—Vamos a desayunar por favor —dijo levantándose y echándome los brazos para ayudarme a mí.

—Quiero que me lo digas, por favor, todo esto es por mi culpa.

—No vuelvas a decir eso ni de broma —su tono se convirtió en rabia y enfado—. No vuelvas a decirlo, jamás —apretó los dientes y vi en sus ojos mucho dolor—. No has tenido la culpa de nada, no digas eso nunca más.

—Estabas pensando en el vídeo que viste, ¿verdad?

—Sí, te juro que no he podido dormir, tengo las imágenes clavadas en mi pecho y no sabes lo que duele —agarró mi cabeza con sus manos, pegó su frente contra la mía y comenzó a llorar—. Siento no haberte sacado de ahí la primera vez que escuché eso en el salón.

—No llores por favor, me sacaste y eso es mucho.

—Pero debí haberlo hecho antes, lo debí de haber hecho —se giró, le metió un puñetazo a la puerta que le hizo un boquete y se fue al jardín chillando y llorando, se sentó abrazado a sus rodillas sobre el césped y la seguridad que había fuera pensando que pasaba algo, saltaron el muro.

Les hice un gesto que entendieron y como estaban al tanto de todo, comprendieron que estaba sacando la rabia, lo intentaron tranquilizar, pero tenía tal ataque de ansiedad que tuvieron que llamar a que viniera un equipo sanitario.

No me lo podía creer, tenía el corazón encogido, estaba lleno de dolor, de rabia, de ira y esas imágenes nunca las debió de ver, jamás, me sentía culpable de verlo así. Lo abracé con todas mis fuerzas y no había manera de calmar ese dolor que hasta yo podía sentir.

Llegó la ambulancia con dos médicos, les comenté por encima mientras entraban y obvio que como sabían todo por los medios, solo les dije que vio un vídeo el día anterior un poco violento con los hechos y que esta mañana amaneció así.

Se negaba a que le dieran un relajante, pero al verme llorando, suplicándole, accedió, le metieron una pastilla debajo de la lengua y le pusieron algo más a través de un gotero, yo de los nervios no me enteraba ni de lo que decían los médicos.

Tres horas estuvieron hablando con él, uno era especialista en psicología y, además, cuando los de seguridad llamaron advirtieron de que se trataba posiblemente de un cuadro de ansiedad por lo

sucedido y por eso mandaron entre los dos médicos a uno especializado.

Lo tranquilizaron y le dejaron unas pastillas para tres días, para la noche, le dio su palabra de que la tomaría.

Agradecí a los de seguridad que hubieran actuado y les hice sentar en el jardín para desayunar con nosotros.

Kyle ya estaba mejor, pero porque estaba relajado con los medicamentos que le habían metido por vena, pero me partía el alma verlo así.

Los chicos desayunaron y salieron afuera pues había medios de comunicación para cubrir la noticia, así que tenían que vigilar que nadie traspasara los límites.

No quise poner la tele en todo el día, él se lo pasó en el sofá, lloraba, pensaba, pero desde el silencio en un rincón, yo intentaba consolarlo, él ni siquiera hablaba, solo respondía a mis abrazos y me besaba la sien.

Casi no comió, ni cenó, le preparé la comida con todo el amor del mundo, pero no fue suficiente, el dolor tan grande que sentía le tenía el estómago cerrado, tenía un sufrimiento que se podía percibir.

Le di la pastilla un rato antes de dormir y menos mal que le hizo efecto, fue irnos a la cama y por primera vez lo oí roncar.

Por la mañana escuché la ducha, fui al baño y ahí estaba él, me sonrió con mucha tristeza y eso me estaba matando. Me desnudé y me metí con él, que me abrazó con fuerza.

—No te quiero ver así, no puedo.

—Se me pasará, tengo mucho sentido de culpabilidad y eso me está matando —volvió a romper a llorar abrazado a mí.

—¿No ves que estoy bien? ¿No ves que has curado mis heridas del corazón y de mi cuerpo? ¿No ves que me has sacado de la cárcel de cristal y ahora deseo que alguien me toque y ese alguien eres tú? ¿No ves que me has hecho en estos días la mujer más feliz del mundo? Quédate con eso por favor, no soporto verte así —me eché a llorar con tanto dolor que hasta a él lo saqué de su estado y se puso a abrazarme pidiéndome que no estuviera así.

Un rato después estábamos poniendo el desayuno en el salón y encendimos la tele, ahí estaban las noticias con lo de Fernán que ya estaba en prisión, el día anterior le hicieron una preliminar en el juzgado y pasó directamente a ser encerrado.

El fiscal pidió al juez una condena de treinta años por todas las vejaciones que me había hecho a mí y a las demás denunciadas, además de una indemnización de quince millones de euros para mí y medio millón de euros por el despido de Kyle.

—Como a mí me den eso... —dije alucinando, negando.

—¿Qué harías? —preguntó temeroso.

—Compraría un terreno grande para tener perros, un huerto, una casa grande para adoptar algunos niños que su futuro vaya a ser incierto y ser feliz junto a ti, eso haría, pero claro todo es negociable, lo mismo ni quieres adoptar, ni quieres perros, ni quieres estar conmigo —bromeé.

—Contigo me iría al fin del mundo —me abrazó—. Claro que me gustan los animales, tenía a Thor, mi perro más fiel, murió hace un año y he sido incapaz aún de tener otro, pero me encantaría y con el tema de los niños, es lo más bonito que podríamos hacer, adoptar para darles una familia.

Bueno, fuera lo que fuese me daba igual trabajar si no me daban nada, el caso es que no me hiciera más daño y me dejaran vivir mi vida tranquila junto a Kyle.

Ese día lo pasamos casi sin hacer nada, en el sofá abrazados, aún a él le venían las imágenes y lo pasaba verdaderamente mal, todo por mí, le había afectado mucho ese daño tan grande que me

habían hecho.

A la mañana siguiente nos avisaron del juzgado que teníamos que ir a hablar con la juez, nos sorprendió mucho, pero nos dirigimos hasta allí un rato después.

Nos recibió un secretario que nos llevó hasta el fiscal y la juez, eran muy amables y nos explicó bien todo.

Ya había unas medidas cautelares para que no estuviéramos desamparados, él por el despido y yo por haberme ido sin nada, a mí me iban a transferir a la cuenta que yo tenía personal de soltera donde no había ni un duro la cantidad provisional de cinco millones de euros, el resto hasta lo que se fijara después del juicio y a Kyle trescientos mil euros.

Nos explicaron que la condena sería larga para Fernán y que tenía derecho al uso y disfrute de palacio, le dije que ni muerta volvía allí que antes me iba debajo de un puente, ellos me entendieron, pero claro, tenían la obligación de decírmelo.

No me iban a hacer pasar por juicio ni volver a verlo y todo se haría directamente con Fernán, luego me avisarían de la sentencia para darnos el resto del dinero al que le iban a condenar.

Me hicieron firmar la petición de divorcio ya que se iba a tramitar rápidamente desde el juzgado, sin necesidad de que él firmara, eso me puso súper contenta y comencé a llorar de la emoción, me dijeron que no me preocupara que no les llevaría más de dos semanas tener la sentencia y ya sería de nuevo soltera.

Salimos de allí felices y un rato después nos llegaron las notificaciones al móvil de que ya teníamos los importes judiciales en las cuentas, así que ya me sentía que podía aportar, me daba mucha tranquilidad pese a que hubiera sido a costa del dolor.

Capítulo 14



Estábamos terminando de comer cuando uno de los chicos de seguridad vino hacia nosotros.

—Señora —no había manera de que me llamaran Alice, pero a Kyle sí que le llaman por el suyo—. En la entrada hay unas personas que dicen tienen algo importante que contarle.

—¿Quiénes son? —preguntó Kyle, en modo guardaespaldas total.

—Una mujer y un hombre, no han querido hablar con nosotros, dicen que es urgente hablar con usted, señora.

—Está bien, hazles pasar, por favor.

Mientras él regresa a la entrada, Kyle y yo recogimos la mesa y salimos a esperar a las visitas.

No sé de quién puede tratarse, o qué querrán contarme, tal vez sea una de esas víctimas de Fernán que necesite algo de mí.

Me sorprendió ver aparecer a una mujer de la edad de mi padre, más o menos, junto a un hombre que podía tener la de Fernán.

Él iba con gafas de sol por lo que no le veo demasiado bien el rostro. Aun así, no los conozco de nada.

—Señora, estas son las personas que querían hablar con usted.

—Muchas gracias —el de seguridad se marcha y yo, sonriendo, me dirijo a los recién llegados—. Por favor, siéntense.

—Gracias —contesta la mujer y ambos lo hacen en las sillas que hay frente a las que vamos a ocupar Kyle y yo.

—¿De qué querían hablar conmigo? Disculpen, pero... no los conozco de nada.

—Lo sé —contesta la mujer sonriendo y me parece que lo hace con un cariño que ni siquiera he visto en mi madre—. No venimos para que piense que somos unos oportunistas, ni mucho menos, pero creo que con todo lo que te ha pasado, merece saber la verdad sobre muchas cosas.

—¿Qué cosas? ¿De qué verdad habla?

—Alice, ¿en algún momento sus padres le contaron por qué debía casarse con el heredero de Arsolla? —me pregunta y veo tristeza en sus ojos.

—No, siempre traté de impedir esa boda, pero mis padres no lo aceptaron. Ni siquiera me dieron una respuesta cuando les exigí saber el motivo después de unos días sufriendo... en mi matrimonio.

—Mi hermano pequeño nunca cambiará —dijo soltando un suspiro.

—¿Su hermano pequeño? Yo... no entiendo nada —la miré, vi que cerraba los ojos y cuando volvió a abrirlos le brillaban por las lágrimas que estaba conteniendo.

—Alice, soy tu tía Grace, la hermana mayor de tu padre.

Me quedé sin palabras porque no tenía ni la menor idea de que existiera esta mujer, jamás me dijeron que mi padre tuviera una hermana mayor.

—¿Cómo, mi tía? No puede ser, mi padre no tiene hermanos, nadie me ha hablado de...

—Lo sé, cariño —me cortó con tristeza—. Es algo que viene de atrás, muy atrás, tanto que tú ni siquiera habías nacido.

—Pero... ¿Cuántos años tienes, Grace? Disculpa si no es la pregunta apropiada.

—No te preocupes, cariño. Tengo cincuenta y ocho años, dos más que tu padre, pero a pesar de él ser el menor, en nuestra época de juventud ejercía de mayor conmigo, también el marquesado iba a ser suyo, no mío.

—Esto es increíble, tengo unos tíos que ni siquiera sabía que existían y ahora están aquí, delante de mí.

—No soy tu tío —escuché decir al hombre que acompañaba a Grace, lo miré y tenía una sonrisa de medio lado.

—Alice, Ian es mi hijo, tu primo.

—¿También tengo primos, además de tíos? Necesito un café —me puse en pie y fui a la cocina a preparar para todos.

Aquello era increíble, de verdad. Una tía de casi sesenta años y yo viviendo en la ignorancia desde que nació. ¿Por qué me habían ocultado eso mis padres? Es que no podía entenderlo.

—Preciosa, ¿estás bien? —me preguntó Kyle, entrando en la cocina.

—Sí, o eso creo. No, realmente no lo sé. ¿Una tía? ¿En serio mi padre me ha escondido esto durante toda mi vida? Y un primo, ¡por el amor de Dios!

—Tranquila. Vamos fuera a ver qué tienen que contarnos.

—Sí, porque después de esto... no volveré a mirar a mis padres a la cara.

Salimos fuera, pusimos café y cuando me senté Grace me preguntó si estaba preparada para oírlo todo, a lo que contesté que sí tras dar un sorbo de mi taza.

—Conocí a Lorenzo cuando todavía era el Príncipe de Arsolla, yo tenía dieciséis años y él diez más. Me enamoré como una tonta, él coqueteaba mucho conmigo porque sus padres y los míos eran amigos, a los diecisiete me dijo que me escogería a mí como esposa, me quedé embarazada, y cuando se lo dije, estando de tres meses, me dejó tirada. Escogió a Amelia porque sus padres le dijeron que debía hacerlo, ella era princesa, yo ni siquiera iba a heredar el marquesado, ese era para tu padre por ser varón.

Se le quebraba la voz, pero seguía hablando mientras Ian le cogía la mano y la acariciaba con cariño.

—Hace mucho tiempo de todo eso, no entiendo que no me contaron nada —dije.

—Y no lo hicieron, ni lo habrían hecho nunca, si no hubieras pasado por esto. Alice, cuando mi familia se enteró de todo, me dieron de lado, me echaron de casa y tuve que dejar todo cuanto tenía. Empecé de cero, sola, embarazada y con diecisiete años. Encontré trabajo y salí adelante, bueno, salimos adelante —le apretó la mano con cariño a Ian y él sonrió—. Tu padre se encargó de que Lorenzo pagara por lo que le había hecho a nuestra familia, más bien a la suya, ya que yo dejé de serlo en cuanto me pusieron de patitas en la calle. Le hizo jurar al entonces príncipe que, cuando hubiera un heredero varón a la corona, se casaría con una de sus hijas. No importaba si el heredero era el primogénito, el segundo o el tercero, pero debía casarse con la hija que él tuviera. Y esa fuiste tú, Alice. Porque llegaste la primera, y mi hermano obligó a tu madre a no tener más hijos, por miedo a que fuera otra niña y hubiera disputas entre ambas por ser la futura Princesa de Arsolla.

—No me lo puedo creer... ¿De verdad me estás diciendo que mi padre me condenó a esto antes de siquiera tenerme en mente?

—Sí, cariño. Lo siento mucho, es culpa mía que tú...

—¡No! No, por favor. No te culpes tú también de algo que no sabías que iba a pasar. Esto es culpa de mi padre, de su mente perversa por querer ser pariente de la realeza a toda costa.

—Lo siento, cariño, de verdad que sí. No merecías esto, tanto sufrimiento...

Grace empezó a llorar mientras Ian la consolaba, no pude evitar que se me saltaran las lágrimas por el dolor que veía en esa mujer.

Me levanté, acercándome a ella y tras ponerme en cuclillas dije algo que me salió del alma.

—Tía, ¿puedo darte un abrazo?

Ella me miró, con una triste sonrisa, asintió y me acogió entre sus brazos dándome besos en la sien. Ese gesto que tantas veces había esperado de mi madre y nunca tuve. Ahora entendía por qué, ella posiblemente me culpaba por haber nacido niña, ya que eso la condenó a no tener más hijos.

—Entonces —escuché a Kyle a mi espalda—, si usted...

—Por favor, no me trates de usted, que debes tener la edad de mi hijo —contestó ella.

—Sí, somos de la misma edad —dijo él sonriendo—. Grace, si tuviste una relación con Lorenzo, entonces Ian...

—Por legado, la corona me pertenecería a mí —contestó él.

—No puede ser cierto, esto es —no dije más, me quedé sin palabras.

—Un escándalo en toda regla, prima —fue entonces cuando se quitó las gafas de sol, para guiñarme el ojo, y lo vi.

El parecido con el Rey Lorenzo era visible, pero con Fernán lo era aún más. Había algunas diferencias, como es lógico pues había sacado algo de la parte de su familia materna, pero Fernán tenía mucho de este hombre que había en mi casa, su hermano mayor.

Todo me parecía una locura, pero ante mis ojos tenía a una mujer que perdió todo en la vida por enamorarse de un hombre que no lo merecía.

Seguimos charlando y me contó que nunca se casó, no quiso saber nada más de los hombres y se centró en su hijo, el único y verdadero amor de su vida.

Tampoco quiso tener noticias de su familia, que nunca se molestaron en buscarla para saber si necesitaba algo. Fueron simplemente Grace e Ian Mergara, una pequeña familia que siempre mantuvo que ella quedó embarazada de un hombre que nunca quiso volver a saber de ella, la única verdad que había.

Podría haber mentido, decir que quedó viuda muy joven o cualquier otra cosa, pero quería que, si alguna vez ese hombre daba la cara y decía la verdad, todo el mundo supiera la clase de persona que tenían en su reinado.

Y lo mismo había pasado con el hijo.

—Alice, ¿es posible que te quedaras embarazada de tu esposo, cariño? —me preguntó en un tono de lo más preocupado y maternal mientras preparábamos la cena, puesto que quería que pasaran ese tiempo con nosotros, y es que Kyle y mi primo habían congeniado muy bien.

—No, tía, tomaba pastillas a escondidas de todos.

—Chica lista, ojalá yo lo hubiera sido también.

Me dio un abrazo de esos que te hacen saber que todo va a estar bien, que, pase lo que pase, siempre estará ahí contigo, apoyándote, a tu lado en todo lo que quieras hacer en la vida.

Eso que mi madre debería haber hecho y jamás mostró interés alguno.

Aquel día fue, desde que me casé, uno de los mejores de mi vida. Había perdido la confianza en mis padres, aunque ya lo había hecho cuando no me ayudaron a impedir mi boda, pero había ganado una tía que estaba segura se portaría conmigo como una madre, y un primo que no me cabía duda que sería ese hermano mayor que me protegería siempre.

Me despedí de ellos después de cenar con una promesa, la de volvernos a ver, recuperar tiempo perdido y ser la familia que debíamos ser.

Capítulo 15



Habían pasado varios días desde que fui conocedora de la verdadera historia que desencadenó mi boda, odiaba a mis padres por ello, por todo, es más no había tenido más noticias de ellos y tampoco las quería tener.

Kyle fue mejorando y aunque el dolor de ese vídeo lo llevaba impreso en su mente, al menos ya iba sonriendo.

Ese día teníamos la sentencia del juez que fue pública y mediática. Treinta años de cárcel para Fernán, me tenía que indemnizar por varios motivos con diez millones de euros más y a Kyle con el restante hasta medio millón de euros, unas cantidades desorbitadas, pero acorde a la situación.

Decidimos que a partir de ese momento buscaríamos la finca que tanta ilusión me hacía y haríamos nuestra vida en un lugar tranquilo, fuera de todo lo mediático ya que nos habíamos convertido en noticia y sí, nos reconocían como pareja y el pueblo nos apoyaba, nos mencionaban como que era una de las historias de amor más bonitas jamás contada donde el guardaespaldas la salva a ella de las jarras del ogro.

Más de una vez que salíamos a comprar o a hacer alguna gestión la gente nos paraba para transmitirnos su apoyo y su cariño, era gratificante saber que nos habían comprendido.

Ese día me llegaron unos paquetes que había pedido por Internet, ese día, además que era para ese día, pero pensé que llegaría antes y la decisión judicial firme después, además con la grata sorpresa de que ya estaba oficialmente divorciada.

No le enseñé los paquetes y arqueó la ceja, le dije que aún no los podía ver y que necesitaba que a las ocho se metiera en el baño y me dejara sola un rato, negaba sin entender nada, pero sonreía y me abrazaba.

Preparé corriendo un pescado con verduras que metí en el horno, yo ya me había duchado así que me puse ese body negro que me había comprado, ese era mi regalo. Quería ponerme sexy, comenzar una vida nueva dejando atrás todo, un punto y aparte, sentirme como me sentía, que era deseada y amada y, cómo no, darle un puntito a esa pasión que nos llenaba pero que le veía ciertos miedos, es más, siempre me lo hacía mirándome a la cara, no podía de otra manera pues pensaba que me iba a hacer daño y yo quería romper todos sus miedos.

Preparé la mesa con velas, un vino especial que también me trajeron y metí envuelto en la nevera para que no lo viera y cuando estaba todo listo lo hice salir.

Al verlo todo y a mí, se le escapó una preciosa sonrisa.

—Estás... —hizo un carraspeo y me agarró por la cintura.

—Primero la cena —le hice un guiño y lo besé.

—No sé si podré cenar sin acariciarte.

—Claro que podrás —sonreí pegándome a él mientras apretaba mis nalgas entre besos y sonrisas.

Sirvió el vino y nos sentamos a cenar, entre miradas cómplices y esas sonrisas que no dejaban

de aparecer en nuestros rostros.

—Kyle, quiero que disfrutes de mí sin miedos, que me toques sin temer que me vas a hacer daño, quiero que disfrutemos olvidando lo que pasó.

—¿No te hago disfrutar? —preguntó preocupado.

—Muchísimo, me haces tocar el cielo, pero sé que, por ejemplo, no te atreves a hacérmelo desde atrás, no me refiero a mi trasero, tú ya me entiendes... —reí volteando los ojos.

—Necesito ver en tu mirada que estás bien.

—¿Crees que si no lo estuviera no te lo diría? Tengo contigo plena confianza, pero quiero que dejemos ya de una vez los miedos, que lo hagamos como cualquier pareja que saca su fogosidad al cien por cien —agarré su mano por encima de la mesa y este me acarició con la yema de sus dedos.

—Vale, lo intentaré.

—No, no lo intentarás, lo harás, quiero verte en total plenitud, sentirte al cien por cien sin tener que evitar nada por tus suposiciones, quiero disfrutar de todo contigo.

—Estás provocando que no te deje terminar la cena —me hizo un guiño y me sacó una carcajada.

—Entonces voy por buen camino.

—Estás preciosa con ese body.

—Quiero estar sexy —volteé los ojos.

—Lo estás, muy sexy, la más sexy del mundo.

—Pues quiero que me lo demuestres.

—Lo haré.

Cenamos y nos bebimos esa riquísima botella de vino y luego se levantó y me extendió las manos, me llevó hasta él, me pegó con deseo y mordisqueó mi labio.

—¿Preparada?

—Por supuesto —sonreí sonrojándome.

Me cogió en brazos y rodeó mis piernas en su cintura, me llevó hasta la habitación devorándome a besos que me encantaban con esos mordisquitos que solo él sabía dar.

Me tumbó sobre la cama y se deshizo del body, comenzó a mordisquear mis pezones como nunca lo había hecho, me encantaba esa sensación y me ponía de lo más excitada, luego fue bajando y comenzó a lamer mis partes, a penetrarme con sus dedos sin miedo, a hacerme correr de forma desmesurada y ahí comprobé que estaba saliendo de Kyle, esa versión que tanto deseaba.

Luego me giró y me puso a cuatro patas, me penetró agarrándose bien a mis caderas y me lo hizo de una forma única, yo no dejaba de gritar y jadear de placer, me estaba haciendo vivir un frenético momento.

Llegó a un orgasmo donde los dos caímos hacia delante, fue brutal, comenzó a besar mi cuello y yo me giré y me abracé a él.

—A partir de ahora te quiero al cien por cien, ¿entendido?

—Dame tiempo —sonrió y me besó.

Y eso quería, disfrutar plenamente de ese hombre que se había convertido en mi gran amor, en el amor de mi vida, sin duda, no concebía una vida sin él...

Capítulo 16



Un año después.

Un año había pasado de esa maldita boda, un año y ahora estaba de nuevo mirando por la ventana viendo a los invitados, a esos pocos que me iban a acompañar ese día.

—Estás preciosa mi niña —dijo mi tía emocionada, abrazándome por detrás y mirando por la ventana también.

—Estoy feliz —me giré y las lágrimas comenzaron a brotarme.

—Lo sé, hija, lo sé —se puso a secarme con un pañuelo las mejillas para no estropear el leve maquillaje que llevaba.

—Ojalá hubieras estado antes en mi vida, me has dado en un año más amor que mi propia familia en todos los años que tengo.

—Ojalá preciosa, ya sabes que te has convertido en mi debilidad y que por ti y por tu primo doy la vida.

—Lo sé, tita, lo sé.

—Y hoy tienes al hombre más bueno del mundo esperando para convertirte en su mujer.

—Sí, no me imagino una vida sin él, se desvivió cada día por hacerme feliz, lo dio todo por mí y me hizo conocer el verdadero significado de la palabra amor.

—Te ama con locura.

—Sí, creo que la vida después de todo lo malo que me hizo pasar me tenía preparado el mejor regalo. A veces pienso que tenía que pasar por todo eso para llegar hasta él.

—No recuerdes más lo malo, tienes un futuro precioso a su lado y el mal nacido aquel está donde tiene que estar, entre rejas.

—Sí, pero duele, a veces me vienen recuerdos y duele mucho, jamás se lo digo a Kyle, pero no terminan de desaparecer de mi mente.

—Entiendo que no se lo quieras decir, se quedó muy tocado y le costó superar lo del vídeo, lo pasó muy mal durante mucho tiempo.

—Aún recuerdo sus pesadillas y ataques de ansiedad...

Dos golpes en la puerta cortaron la conversación y mi tía fue a abrir.

—Vengo a por la cuñada más guapa del mundo —dijo el hermano de Kyle, acercándose a mí y ofreciéndome su brazo para llevarme hasta su hermano—. Estás preciosa, aún estamos a tiempo de fugarnos y dejar al novio tirado —bromeó.

—No, hijo no —saltó mi tía riendo—. A mi niña te la llevas junto al hombre que ama y que vivieron una pesadilla, antes de llegar a tan bonito momento.

—Claro tía Grace —le dijo mi cuñado que desde hacía tiempo la llamaba así—. Ahora mismo la llevo, lo que usted me diga va a misa —le hizo un guiño, ella le dio una colleja y me tuve que echar a reír.

La boda era en nuestro hogar, la finca que compramos cinco meses atrás, una preciosa casa con

un terreno amplio para agrandar nuestra familia y que los niños corretearan por allí, además de dedicarnos a una vida tranquila en el campo, eso era lo que queríamos.

La boda se celebraba en una carpa que pusimos en el jardín, tanto el enlace como la ceremonia, ya que habíamos preparado un altar precioso.

Nos iba a officiar la boda el presidente del Gobierno, sí, había estado muy pendiente de nosotros todo el tiempo y su mujer hizo muchas migas conmigo, aparte de ellos, los demás invitados eran amigos de Kyle y algún familiar por parte de sus fallecidos padres, además de mi tía y mi primo Ian.

Para ese día elegí un vestido muy diferente al de la maldita boda anterior, esta vez era de encaje hasta los codos, cuello de barco, ajustado hasta la cintura y una caída en gasa, era precioso y llevaba el pelo completamente suelto con blondas.

Cuando Kyle me vio aparecer del brazo de su hermano, rompió a llorar, cómo no, y yo detrás. Su hermano me acariciaba la mano mientras yo temblaba llorando, caminando hacia él.

Cuando llegué hasta él, me tomó de las manos ante la emoción de los pocos invitados que había.

—Estás preciosa —se echó a llorar más fuerte aún y todos aplaudieron mientras nos fundimos en un precioso abrazo—. Te voy a cuidar toda mi vida, mi niña —murmuró entre sollozos en mi oído.

—Te amo más que a mi vida, Kyle, gracias por haberme dado todo cuando no tenía nada.

—Mi vida es para ti, está en tus manos.

Lo volví a besar y nos giramos para que nos officiaran ese enlace corto pero precioso en el que nos dimos el “sí quiero” y nos fundimos en un apasionante beso que duró bastante, pero no podíamos dejar de hacerlo.

Nos hicieron un pasillo donde nos lanzaron pétalos de flores y nos dieron dos copas de champán con las que brindamos y luego lanzamos hacia atrás.

Ya éramos marido y mujer, ahora sí, de un precioso matrimonio en el que los dos dimos el “sí quiero” de manera voluntaria y con todo el amor que nos teníamos el uno hacia el otro. ¿Se podía ser más feliz?

Fue un día íntimo, precioso, pasamos toda la jornada entre comidas y bebidas, había contratado dos camareros, además toda la comida y bebida la trajo una empresa especializada en eventos.

No me podía creer que estuviera escuchando las primeras notas de piano de esa canción en concreto.

Kyle me cogió la mano, hizo que me levantara y me llevó hasta el improvisado escenario en el que tendría lugar nuestro primer baile como marido y mujer.

«Look into my eyes. You will see what you mean to me»

Y eso hice, miré a los ojos al hombre al que acababa de jurarle amor el resto de mi vida, y mil vidas más si fuera necesario. Gustosa renacería una y otra vez para encontrarlo a él en mi camino. Si pudiera evitar el dolor por el que pasé desde un principio, lo haría, pero estaba claro que, para llegar a este momento, a tener junto a mí al hombre que me cuidaría el resto de sus días, debía de pasar por ese sufrimiento que no querría repetir.

«Take me as I am. Take my life. I would give it all. I would sacrifice»

Con nuestras manos entrelazadas y pegadas a su pecho, mientras con la otra sostenía mi cintura y yo su hombro, así empezamos a balancearnos lentamente al son de la canción.

Esa voz rasgada hacía que se me erizara la piel, la letra calaba en lo más hondo de mí y es que... ¿Cómo no iba hacerla nuestra?

¿Cómo no pensar que esa canción fue escrita para Kyle y para mí? Cómo negar que, con todo lo que habíamos vivido, no iba a convertirse en nuestra canción, esa que toda pareja tiene porque representa cuanto han vivido, o el momento justo en el que se conocieron.

Kyle lo había dado todo, había antepuesto su trabajo, su vida, a mi seguridad en el peor momento de la mía.

Me salvó de lo que sin duda para mí era una muerte segura porque, en más de una ocasión, fue eso lo que se me pasó por la cabeza, pero llegó él, mi héroe particular, sin capa, pero con traje y corbata.

Con sus gafas de sol para que no le viera el dolor que se reflejaba en sus ojos cuando me veía rota por el daño, tanto físico como psicológico, que había padecido en manos de quien debería cuidarme.

Kyle me demostró que el amor, el bonito y de verdad, existe con la persona adecuada.

Solo él supo cómo hacerme sentir especial, querida y protegida. Solo él pudo conseguir que deseara que un hombre me besara, me acariciara y me tocara de esa manera tan íntima que lo hace un marido con su mujer.

Solo él, y nadie más que él, es el verdadero amor de mi vida.

«Everything I do, I do it for you»

—Gracias, mi amor —digo sin apartarme de su pecho.

—¿Por qué, preciosa?

—Por llegar a mi vida justo cuando más necesitaba una señal que me dijera que merecía la pena seguir luchando, seguir hacia delante.

—No tienes que darme, no por eso. Lo haría una y mil veces más, porque me enamoré de ti y no podía consentir que fueras infeliz y sufieras como lo estabas haciendo.

Sentí que no podía controlar las lágrimas y lloré mientras él me abrazaba con más fuerza.

—Te quiero, Kyle —le aseguré mirándolo a los ojos, esos en los que me gustaba perderme cuando estábamos juntos.

—Lo sé, sé que me quieres, pero no imaginas cuánto te quiero yo a ti.

Se inclinó para besarme y me olvidé de todo, del mundo que nos rodeaba, de los invitados, y me centré en esa canción que formaría parte de nuestra historia mientras estuviéramos juntos en este mundo.

Porque el amor, cuando es verdadero, es mucho más fuerte que cualquier miedo.

Fue el día más feliz de mi vida sin duda, donde el amor estaba presente, esos deseos que sentíamos el uno hacia el otro y toda una historia que quedaba atrás para dar paso a un nuevo capítulo donde el respeto, el amor y todo era lo que iluminaba nuestro futuro, ese que estábamos comenzando a crear con tanta ilusión y cariño.

Cuando se fueron marchando los invitados quedamos solos él y yo, la noche era preciosa, me eché un chal por los hombros y nos quedamos en un columpio balancín sentados tomando una copa, yo con mis piernas en su regazo mientras él, las acariciaba con mucho mimo.

—Soy tu mujer —dije jugueteando con la copa en la mano.

—Eres el amor de mi vida...

—¿Para toda la vida? —me mordisqueé el labio.

—Y para lo que haya más allá —levantó mi pierna y comenzó a mordisquearla.

Me eché hacia atrás en el balancín y se puso entre mis piernas dejando el voluminoso vestido por mi cintura, mientras con sus labios mordisqueaba mi entrepierna e iba bajando mi braguita, ahí, en la intemperie.

Tiró de mis manos y me sentó a horcajadas sobre él.

—Me dejas sin braga y no te desabrochas el pantalón. ¿Estoy castigada? —carraspeé aguantando la risa.

Me levantó en brazos y me llevó hacia dentro.

—Estaba a punto de liarla, pero pensé que te podías constipar —carraspeó llevándome a la habitación.

—Bueno si a cambio me llevo una alegría en mi cuerpo, no me importaría.

—A mí sí, te quiero sana y feliz —me puso de pie ante la cama y se deshizo de mi vestido, con ese cariño y deseo que solo él sabía hacer, nada que ver con el mal momento que tuve que vivir la vez anterior.

Lo hicimos con aquella pasión que sentíamos en todo momento y es que mi vida al lado de mi ya marido era de lo más tranquila, sensual y romántica, era como tocar el cielo con las dos manos...

Capítulo 17



—Vamos dormilona que nos tenemos que ir.

—¿Ir a dónde? ¿Y esa prisa mi primer día de casada? —protesté poniendo la almohada sobre mi cara.

—De luna de miel —carraspeó quitándomela y haciéndome cosquillas.

—¿Luna de miel? ¡Qué dices! ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Ahora, así que haz las maletas ya, voy preparando el desayuno, las mías hace un rato que las hice mientras te dejaba dormir.

—A mi dame una pista para saber qué meto.

—Ropa de verano, bañadores y no preguntes más —carraspeó.

—¿Y no me vas a decir más nada? —Me crucé de brazos.

—Ve haciendo las maletas, te espero en la cocina.

—¿¿¿Y ya???

—Aligera —sonrió y se fue hacia la cocina con ese secreto que había puesto mi día patas arriba.

Comencé a echar un poco de todo por si acaso, de lo otro por si acaso también y más de lo de, por si acaso, y es que nunca había ido de viaje, así que, por si acaso, puse dos maletas a reventar. Maletas que ni sabía que había comprado mi ya marido y que eran preciosas en tonos pastel.

Me duché de lo más entusiasmada y es que no se imaginaba lo contenta que me había puesto el saber que iba a viajar, bueno sí lo sabía y por eso lo había hecho y es que me conocía mejor que a nadie y sabía cómo conseguir hacerme feliz.

Salí a la cocina con un vestido blanco por las rodillas y de tirantes, me favorecía mucho y nada más verme me lo dijo.

—Estás preciosa.

—No tanto como tú.

—¿Yo también estoy preciosa? —me sacó una carcajada.

—No tonto, estás precioso —me acerqué a besarlo.

—Siéntate te preparé unas tostadas de mantequilla con la mermelada que hizo tu tía.

—¡Qué rico! —gemí con el primer bocado.

—¿Sabes?

—Dime, marido mío —me encantaba esa palabra.

—Estoy loco por llegar al destino, disfrutar del lugar, de ti, de nosotros...

—Eso no vale, me tienes súper intrigada. ¿Alguna pista?

—No, ninguna —se echó a reír tras hacerme uno de esos guiños que conseguían derretirme.

—Eres un poquito malo de marido, ¿eh? —le saqué la lengua.

—No me digas eso que me echo a llorar —negó riendo.

—Sabes que no —me levanté y fui a abrazarlo—. Tengo el mejor marido del mundo.

—Lo sé cariño, sabes que quiero lo mejor para ti.

—Lo sé —le di un beso muy fuerte y me senté a seguir desayunando, mirándolo con la baba caída y es que así me tenía todo el día.

Terminamos de desayunar y metimos las maletas en el coche, fuimos directos al aeropuerto. Estaba de lo más nerviosa ya que jamás me había montado en un avión.

—¿En serio, amor? —pregunté incrédula en la zona de facturación viendo el destino que no era otro que, Bora Bora.

—Allí no nos va a conocer ni Dios —murmuró en mi oído, causándome una risa.

—¿Bora Bora? —pregunté riendo a carcajadas.

—Bora Bora... —Arqueó la ceja.

Mi sueño, lo había visto en un montón de documentales online que tanto me gustaban ver sobre sitios exóticos.

Entramos hacia la zona de embarque y la gente nos iba saludando, era increíble como nos reconocían, hasta nos pedían fotos, eso me sabía un poco mal pues me daba mucha vergüenza, pero no podía negarme a algo tan simple como conseguir sacar una sonrisa a aquellos que me habían apoyado en mi vida que sin querer fue de lo más mediática, pues para ellos fui su princesa.

A la hora de embarcar nos hicieron pasar los primeros y es que, aparte de que íbamos en clase primera, nos habían dejado la compañía una zona solo para nosotros que era para personalidades. Nos quedamos asombrados, agradecemos el trato y nos dijeron que ahí íbamos a ir más cómodos y de forma íntima.

Los vuelos fueron cómodos y confortables, pero eso sí, para llegar allí tuvimos que hacer dos escalas, cada una de no más de tres horas, eso nos daba para estirar las piernas y andar un poco, pero el destino estaba claro que iba a merecer la pena, así que con ilusión hicimos esos trayectos que duraron casi un día entero.

Llegamos a la isla reventados de estar acostados, sentados y demás, pero la maravilla de ese lugar nos hizo llenarnos de energías y es que esas aguas cristalinas y las cabañas sobre el mar con piscina en sus propias terrazas eran más que una pasada, era un sueño.

Nos acompañaron por un camino de madera que iba desde la orilla a la cabaña, nos llevaban en un carrito las maletas, yo solo veía esa preciosa piscina en cada una de ellas y unas vistas impresionantes donde quisiera que mirara.

Nos explicaron todo y nos dejaron allí con unos cócteles de recibimiento y una bandeja de frutas.

Había de todo en la habitación, nevera con bebidas, maquina de hielo, maquina de café con monodosis, leche, refrescos, bolsas de snacks, de patatas, bombones... No faltaba detalle y encima servicio de comidas a la cabaña, aunque el lugar tenía restaurantes, piscinas, bares, zonas de ocio. A aquel lugar no le faltaba ni el más mínimo detalle para ser lo que era, todo un paraíso.

Brindamos y comenzamos a sacar las cosas de las maletas e ir colocándolas.

Miraba hacia fuera y ver esa agua cristalina rodeada de tanta belleza, me ponía la piel de gallina y es que aquello era un marco indescriptible.

Kyle me agarró por detrás y me pegó contra él.

—Te lo voy a hacer todos los días mirando hacia el mar —murmuró en mi oído sacándome una sonrisa de esas que te dejan el cuerpo temblando de solo imaginarlo.

—Estoy deseando que empieces —eché mi cabeza hacia atrás.

—¿Segura? ¿Te quedan fuerzas después de un viaje tan largo?

—Ni que hubiera venido andando... —reí mordisqueando mi labio cuando vi que su mano comenzaba a meterse por debajo de mi pecho.

—Ummm me estás provocando.

—Eso quiero, que te sientas así —me mordisqueé el labio con ese pellizco que le había dado a mi pezón y reaccioné pegando mis nalgas a su miembro.

Su mano se metió por debajo de mi vestido y luego en el interior de mi braga para llegar con sus dedos a penetrarme, mientras me sujetaba con la otra mano que jugueteaba con mi pecho.

Me giró, me recostó sobre la cama y comenzó a desnudarme mientras mordisqueaba y lamía cada parte de mi cuerpo hasta recrearse en esa zona con la que me llevó al primer orgasmo en aquella maravillosa isla.

Luego lo hicimos entre risas y sí, es que se puede estar excitada y sonriendo cuando la persona que tienes frente a ti es la que hace que el motor de tu vida esté activo de forma positiva y constante. Es aquella persona que con solo mirarte es capaz de derretir la sangre de tu cuerpo, es aquella que mientras te lo hace te hace sentir la mujer más sensual del mundo. Así era Kyle, un hombre que con solo mirarme ponía mi cuerpo a flor de piel.

—Ahora vamos a bajar las escaleras y a darnos un chapuzón en esas aguas cristalinas, ponte el bañador —mordisqueó mi labio.

—Verás —apreté los dientes— hay un pequeño problema.

—No te entiendo...

—Ajá, lo sé, pero es que...

—Me estás asustando.

—No se nadar y jamás me metí en el mar —me puse las manos en la cara y lo escuché reírse, vamos que yo estaba también muerta de risa.

—¿En serio? —Apartó mis manos de la cara y vi su sonrisa incrédula.

—Te lo prometo —volví a apretar los dientes.

—Bueno, me has dejado de piedra, pero eso lo solucionamos, tú confías en mí, ¿verdad?

—No, para meterme en el agua no —solté causando un ataque de risa en él.

—Ponte el bañador, anda.

—No, yo no me meto ahí, me muero antes.

—No me hagas llevarte desnuda...

—Negociemos —carraspeé santiguándome.

—No hay nada que negociar, te vas a dar un baño conmigo y vas a sentir el placer que da el mar.

—Lo cambio por otro como el de ahora —dije refiriéndome al sexo.

—No, vamos para el agua —me levantó de la cama y yo me quería morir directamente, era preciosa aquella estampa, pero para verla de lejos.

Se puso a buscar en el cajón y sacó un bañador negro precioso que compré para tomar el sol en la finca, me lo puso mientras yo hacía lo imposible por no ponerlo, no quería meterme en el mar y es que me daba terror.

Me cogió en brazos y comenzó a bajar las escaleras de madera.

—¡Socorro, me ahogo! —chillé a pleno pulmón mientras él negaba.

—Todavía no nos hemos mojado ni las plantas de los pies, ¿cómo qué te ahogas? —reía negando.

—¡No quiero morir! —grité más fuerte.

—O te callas o te tiro hacia abajo —bromeó poniéndome más nerviosa y me agarré de tal manera su cuello que por poco lo asfixio.

—No seas bruta, no te voy a soltar, relájate.

—Quiero subir a la cabaña —comencé a notar el agua por mis rodillas y para mí eso era el hundimiento del Titanic.

—No, vamos a meternos hasta la cintura —reía sin parar.

—¡Tú me quieres desgraciar la vida!

—Bueno, eso no lo pensaste hasta ahora —seguía bajando.

—¡Quiero un divorcio inminente!

—Claro, ahora lo firmamos mientras nos damos un buen baño.

—¡Lo quiero ya!

—No mujer, cuando regresemos a Arsolla.

—¡¡¡Me ahogo!!!

—Claro que sí, ahora vienen y entierran tu cadáver.

—No estoy para bromas, estoy a punto de sufrir un desmayo y caer desplomada de forma fulminante.

—Te tengo sujeta, no te pasará nada.

—¡¡¡Me muero!!!

Se puso a negar y reír, me agarré a uno de los laterales de la escalera y me quedé en el último peldaño que había, ahí bien sujeta mientras él se daba un chapuzón y a mí me temblaba todo el cuerpo de los nervios.

—Ven —me agarró por la cintura y yo me sujeté más aún al palo rodeándolo con mis brazos.

—¡No quiero!

Agarró mis piernas y quedé estirada como Superman, pero no, no me iba a soltar ni muerta de ahí, ya me veía muriendo ahogada como en las pelis.

—No seas tonta, no te va a pasar nada, ven conmigo, no te soltaré.

—No, no, no, a mí me dejas aquí agarrada.

—Alice...

—Ya no soy tu mujer, me voy a divorciar.

—Vale, pero antes nos damos un bañito.

Intenté subir escaleras, pero me agarró y me puso en su cintura, con el agua justo por ahí, lo abracé tan fuerte por el cuello, que casi lo ahogo.

—No te voy a dejar ir hasta que sientas el placer de lo que es nadar...

—¿Nadar? ¡Estás loco!

—Sí, en mis brazos.

—Ni en los tuyos ni en los de nadie —comencé a toser como si me ahogara.

—Tengo todo el tiempo y la paciencia del mundo.

—¡Asco de luna de miel!

—No seas más niña pequeña, anda, abrázame bien y disfruta de esto.

—Quiero subir a la cabaña —puse cara de tristeza y comenzó a andar por el mar conmigo encima.

—Mira te llega aquí por la cintura, no te puedes ahogar, ponte de pie sujetando mis manos.

—¿Y si viene un tiburón?

—No hay tiburones —se echó a reír.

—Claro que los hay, muchos, he visto en las peli comerse a los turistas.

—Yo si que te voy a comer a ti —dijo bajándome y lie mis piernas en la suya mientras él reía.

Y, poco a poco, consiguió que me relajara ahí de pie, luego cogió mis manos para que flotara y nadara por la orilla y...

—¡Me gusta esta sensación!

—Menos mal —volteó los ojos —, después de la que has liado —se echó a reír.

Costó, pero fui disfrutando de ese primer contacto y baño con el mar. Tenía razón, era una de las sensaciones más bonitas que había vivido en mi vida y, sobre todo, viendo esos pececillos de colores en pequeños bancos nadando a nuestro alrededor.

Tras el baño nos fuimos a pasear y tomar algo por las instalaciones, comimos en un restaurante de la playa donde nos pusieron unas verduras a la brasa que estaban de lo más sabrosa, así como un pescado fresco que estaba delicioso, aquello era una maravilla y ahí estábamos nosotros, dispuestos a vivirla.

Poco a poco, me iba soltando y nadaba a mis anchas, incluso compramos unas gafas y tubos para flotar viendo aquellos arrecifes de coral y todo lo que el fondo marino nos regalaba que no era poco.

Lo pasamos bomba en la cabaña donde comíamos algunos días o desayunábamos con las mejores vistas del mundo, así como nos dimos más de un baño en la piscina donde, por supuesto, lo hicimos más de una vez.

Las noches en la isla eran preciosas, llena de luces y con esas estrellas que formaban un manto sobre nosotros y que nos quedábamos mirándolas durante muchos ratos, en silencio, abrazados, escuchando el ruido del mar sobre la orilla. Aquello era un sueño hecho realidad junto al hombre que más amaba de este mundo.

Los días pasaron volando, como todo lo bueno pasa en la vida, pero lo vivimos por instantes donde las risas, el romance y la felicidad no faltaron ni un solo segundo de aquella preciosa luna de miel.

Capítulo 18



Habían pasado cinco meses de nuestra boda, y estábamos preparando las que serían las primeras Navidades de casados en la nueva casa.

Estábamos los dos como locos por pasar estas fiestas, además lo haríamos con su hermano Kevin, mi tía Grace y mi primo Ian.

Unas Navidades en familia, nada mejor que eso.

Yo me sentía como una niña pequeña, todo me hacía ilusión, habíamos comprado de todo para la decoración, incluso un árbol natural que llevaría una estrella que Kyle conservaba de cuando su madre la ponía en su casa.

Acababa de recibir el paquete de lo que había pedido unos días antes y estaba abriéndolo cuando apareció mi marido que venía de dar de comer a los perros que habíamos acogido con nosotros.

—¿Qué es eso? —preguntó con curiosidad.

—Una cosita que pedí para los cinco —omití lo otro que había pedido puesto que sería una sorpresa para él, bueno, para él pero que disfrutaríamos los dos.

Saqué el suyo y se lo enseñé, se le dibujó una sonrisa en la cara y negó al tiempo que se sentaba a mi lado en el sofá.

—¿No te gusta? —pregunté arqueando la ceja.

—Claro que sí, preciosa, es muy bonito.

—Cada uno tenemos el nuestro para estas primeras Navidades, y según vayamos aumentando en la familia, todos tendrán en suyo.

Había encargado unos preciosos calcetines rojos con el borde blanco en el que habían bordado nuestros nombres, y en el lateral de cada uno había una figura típica de estas fechas.

Para Kyle un Santa Claus, para Kevin un reno, el de tía Grace tenía un muñeco de nieve, el de Ian un árbol de Navidad y el mío un bastoncito de caramelo.

Los colgué en la chimenea e hice una foto que mandé a mi tía, me contestó que le encantaban y que estaba deseando pasar esos días con nosotros.

Y yo también, sabía que serían las mejores de mi vida, al menos hasta la que llevaba viviendo, porque a partir de aquí solo podían ir a mejor.

Entre Kyle y yo estuvimos ese día decorando la casa, luces dentro y fuera, guirnaldas, bolas, todo tenía un ambiente navideño de lo más bonito.

Preparamos las habitaciones para nuestra familia y empezamos a hacer la lista de lo que necesitaríamos para la cena de Nochebuena, que era al día siguiente.

La casa contaba con seis habitaciones, por lo que podíamos acoger durante estas fiestas a los tres seres queridos que teníamos cerca.

Después de organizar la lista de la compra, preparamos la cena y nos fuimos a la cama, la mañana siguiente se presentaba movidita.

Y así fue, una locura comprando todo lo que necesitábamos, y algunos regalos que nos faltaban para colocar en el árbol.

Cuando volvimos a casa ya estaban esperándonos, por más que les dijimos que no era necesario que vinieran desde por la mañana, no hicieron ni caso.

Mientras Kyle y yo guardábamos la compra, ellos fueron a instalarse a sus habitaciones, y en cuanto regresaron empezamos a preparar entre todos la comida.

Nada más acabar el café nos pusimos manos a la obra para organizarnos con la cena.

Poco antes de sentarnos a la mesa, nos dimos una ducha y nos arreglamos para celebrar aquella noche tan especial.

La casa olía a Navidad, al asado que mi tía había preparado, a los dulces que compramos por la mañana, se respiraba un ambiente de lo más navideño.

Cuando regresé al salón Kevin estaba trasteando con su móvil, y es que lo había conectado a los altavoces de la televisión para poner villancicos mientras cenábamos.

—Estás en todo, cuñado —le dije dándole un abrazo desde atrás.

—Sí, pero te quedaste con mi hermano —soltó con el ceño fruncido.

—¿Otra vez intentando robarme a mi mujer, hermano?

—Kyle, no me diste tiempo a conquistarla, te la quedaste muy pronto.

—La conocí antes que tú, ¿recuerdas?

—Claro, como soy el pequeño siempre llego tarde.

—Toda la vida quejándose, vaya hermano —contestó Kyle entre risas.

—Tu favorito, me lo negarás encima.

—No tengo otro.

—También es verdad. Bueno, ¿cenamos?

Nos sentamos a la mesa y disfrutamos de aquella deliciosa cena entre risas y charlas, planificando los días que estaríamos todos juntos en la casa.

Y es que Kevin había dejado el bar en manos de su encargada, por lo que se cogió esos días como unas mini vacaciones.

Ian, que había seguido aquí en Arsolla con su negocio de exportación de vinos a otros países, también se decantó por tener esos días de descanso, así que la tía Grace, estaba encantada de tenernos a todos con ella.

—Quiero hacer un brindis —dijo ella levantando su copa—. Por todos vosotros, la familia que la vida me debía.

Brindamos, tomamos el champán y tras comer unos dulces nos despedimos hasta la mañana siguiente.

Mañana que llegó con la alegría de sentirnos todos en ese momento como niños mientras abríamos los regalos.

Kyle me había comprado un reloj, además de unos pendientes y una pulsera que me encantaron. Un abrigo, unas botas, y algo de ropa.

A la tía le hicimos un regalo entre todos, que no fue otra cosa que una fotografía enmarcada del día de mi boda en la que estábamos los cinco, y además le compramos una gargantilla con una medalla en la que le grabamos nuestros nombres.

En ese tiempo ella se había convertido en madre y tía de todos nosotros.

A Ian le regalamos una pluma estilográfica con sus iniciales grabadas, y a Kevin un reloj que llevaba tiempo diciendo que quería comprarse, pero siempre lo dejaba para, como él decía, el día que tuviera libre, aunque eso no era muy a menudo y cuando pasaba se dedicaba a descansar y a

organizar la casa.

Desayunamos chocolate y bizcochos que había preparado la tía cuando se levantó bien temprano esa mañana, y tras eso empezamos a hacer la comida.

El resto del día lo pasamos tranquilos en casa, al calor de la chimenea, viendo viejas películas navideñas, tomando chocolate y algunos dulces.

Por la noche, después de cenar, me retiré antes para preparar la sorpresa que tenía para Kyle.

—Uy, uy, me da a mí que esta noche aquí va a ver magia navideña, hermano —dijo Kevin, cuando les di las buenas noches tras haberle susurrado a mi marido que no se fuera muy tarde a la cama.

—Hombre, los niños no llegan por arte de magia, así que deja a la niña que se lleve a la cama a su marido —la tía Grace me guiñó el ojo y rompí a reír.

Entré en la habitación, saqué todo del armario y me preparé para esperar a mi marido.

Cuando entró y me vio tumbada en la cama, cerró los ojos al tiempo que sonreía y negaba.

—¡Que tengáis dulces sueños, tortolitos! —gritó mi cuñado desde el pasillo.

Kyle se acercó a la cama sin dejar de mirarme ni perder esa sonrisa, apoyó ambas manos y le vi gateando hasta que llegó a mí y me besó.

—¿De qué se ha vestido esta noche mi esposa?

—De elfo de Santa Claus —contesté con una sonrisilla.

Y sí, me había vestido de elfo, con mis medias a rayas rojas y blancas que llegaban por encima de las rodillas, una mini falda con poquísimas telas en color verde con el chaleco a juego y un gorro rojo con un cascabel.

—Estás muy sexy —carraspeó y se inclinó para mordisquearme el hombro.

A mí me entró un escalofrío por todo el cuerpo, que no pude hacer otra cosa que rodearle el cuello y recostarme en la cama haciendo que él lo hiciera sobre mí.

Sus manos me acariciaban ambas piernas mientras dejaba besos y mordisquitos por el cuello y los hombros. Noté en mi entrepierna que se estaba excitando ya que movía las caderas mientras rozaba su miembro con mi sexo y aquello me ponía a mil.

Empecé a desnudarle y cuando tuve ese espectacular cuerpo frente a mis ojos, me acerqué para cubrir su pecho de besos mientras bajaba acariciando con mis manos.

—Cariño, no voy a aguantar ni medio minuto como sigas jugando ahí con la mano —susurró mientras le acariciaba la erección.

—Entonces, señor elfo, quítame solo la braguita y haga lo que desee —le dije al oído antes de darle un mordisquito.

Kyle llevó las manos bajo la mini falda, cogió la braguita por la cinturilla y fue bajándola despacio mientras sus ojos estaban fijos en los míos. La lanzó fuera de la cama, se sentó sobre sus piernas y tras cogerme por las caderas colocó una pierna mía a cada lado suyo, me acarició ambos muslos muy despacio y fue subiendo con una mano hasta mi sexo.

Allí tocó, acarició y penetró a su antojo hasta que me hizo gritar con aquel orgasmo que me había dado.

No me había recompuesto cuando ya estaba sentada a horcajadas sobre él, con su miembro en mi interior, apoyada en sus hombros y mirándolo a los ojos mientras él, me subía y bajaba haciéndome el amor de esa manera tan enloquecedora.

Caí desplomada sobre su hombro cuando acabamos los dos a la vez, pero sabía que aquello no había hecho más que empezar, puesto que aún quedaba noche por delante.

Los días que siguieron al de Navidad los pasamos todos juntos en casa, preparando dulces,

viendo pelis y series e incluso salimos a pasear por Arsolla y poder disfrutar así del ambiente navideño que se respiraba en toda la ciudad.

Llegó el día de despedir el año, y ahí estábamos los cinco ultimando la cena antes de arreglarnos.

Kevin no dejaba de bromear con que un día me secuestraría para casarse conmigo en secreto, decía que le había robado el corazón como hice con su hermano, estaba loco a más no poder, pero a mí me encantaba, le adoraba y le quería muchísimo.

Mi primo Ian siempre salía en mi defensa, asegurando que el día que él hiciera semejante barbaridad, no pararía hasta encontrarnos y traerme de vuelta.

La tía Grace ponía orden, como siempre, pero se reía de las ocurrencias de uno y otro.

Cenamos, reímos, comentamos nuestros propósitos para el nuevo año y cuando llegó la hora, lo despedimos con las tradicionales uvas.

—¡Feliz Año Nuevo! —gritó mi cuñado levantando su copa.

Nos abrazamos, besamos y brindamos por lo que estaba por venir. Ya solo podían pasarnos a todos cosas buenas, lo malo había quedado atrás, el dolor y el sufrimiento que nos rodearon a Kyle y a mí.

Cierto era que seguía estando, que lo estaría durante mucho tiempo, pero, poco a poco, íbamos sanando juntas aquellas heridas que se abrieron por culpa de una mala decisión de años atrás.

No culpo a mi tía pues ella sufrió mucho en aquel momento, culpo a mi padre, por tener esa sed de venganza y el deseo de emparentarse con la Familia Real a toda costa.

Pero ahora la vida nos sonreía a las dos, nos teníamos la una a la otra, contábamos con mi primo Ian que en estos meses se desvivía por ser como un hermano mayor para mí, y a Kyle, ese hombre que llegó a mi vida para mostrarme que todo es posible.

Y Kevin, que estaba loco como dije, pero se le quiere, con su locura y su ternura que de eso también va muy bien servido.

—¿Eres feliz? —preguntó Kyle, mientras recogíamos la cocina.

—Más de lo que crees. Y todo gracias a ti.

—Te quiero, preciosa. Te quiero con toda mi alma —me abrazó desde atrás y apoyó la barbilla sobre mi hombro.

—Yo también, siempre serás mi héroe favorito —le besé la mejilla y le acaricié la otra.

—¿Cuándo quieres que lleguen los hijos a nuestra vida? —aquella pregunta me pilló tan de sorpresa, que lo miré y pensó que estaba asustada— Hay tiempo, claro está, solo quería saber.

—Cuanto antes mejor. Cuando tú quieras, mi amor. Estoy deseando ser la feliz mamá de tus hijos.

—Nuestros, porque los vamos a adoptar juntos.

—¿De verdad no te importa que no tengamos ninguno que hagamos juntos? —Eso me rondaba siempre por la cabeza.

—Los hijos que adoptemos, los tendremos juntos. No hay que ser pariente de sangre para saber qué quieres a alguien como parte tuya o de tu familia. van a ser nuestros hijos, preciosa, y es lo que más deseo en el mundo. Dar el amor y el cariño que esos niños necesitan.

—Si es que no te puedo querer más, de verdad que no.

Feliz, absolutamente feliz, así era como me sentía desde que Kyle llegó a mi vida, convirtiendo los días más grises y oscuros en momentos que guardar en el cajón del olvido.

Epílogo



Llevaba viviendo en la más absoluta felicidad ocho maravillosos años, en esa finca que Kyle y yo compramos para construir nuestra vida, nuestro futuro.

En ella tenía todo lo que había soñado, un huerto donde me gustaba trabajar, varios perros y una pareja de caballos.

Además, tenía una familia preciosa, perfecta, con la que me encantaba pasar disfrutando de cada minuto del día.

Después de que todo aquello quedara atrás, de que la verdad de mi familia saliera a la luz y se siguiera un proceso en el que se reconocieron muchas cosas, al fin pude empezar de cero.

Tras unas pruebas de ADN y algunos cambios, a mi primo Ian se le reconoció como hijo legítimo del Rey Lorenzo, por lo que al ser el primogénito tenía todo el derecho a ser el Príncipe de Arsolla y futuro rey.

Pero lo rechazó, dijo que llevaba cuarenta años viviendo de forma humilde, que así es como había nacido, y no quería saber nada de esa corona ni del hombre que había contribuido únicamente a poner una mínima parte para que él naciera.

Ian era un Mengara, como su madre y yo, no un Russ.

El Rey Lorenzo se sorprendió ante la negativa de mi primo de aceptar que debía ocupar su lugar en la línea de sucesión, y como no había tenido más hijos con su esposa, Amelia, se quedaba sin heredero por consanguinidad, por lo que debía buscar uno.

Tenía una hermana algunos años menor que él, por tanto, sus sobrinos podrían optar a la corona, pero esa mujer nunca había podido tener descendencia, así que la única posibilidad factible para el rey, era el sobrino de su esposa.

Apenas un año después de todo aquello hicieron la ceremonia de coronación para el sobrino de Amelia como Príncipe de Arsolla, un hombre de treinta y cinco años del que no se conocía escándalo alguno y que, por lo que habían podido averiguar sobre él, vivía más centrado en sus inversiones que en líos de faldas.

Ian y su madre se trasladaron a Arsolla y es que mi tía Grace quería estar cerca de mí, decía que tenía ese dolor en el alma, el de no haber podido conocerme y verme convertida en la mujer que era cuando vio que yo me casaba con Fernán.

La tenía cerca y se había convertido en esa madre que no tuve en mis veinticinco años de vida.

De mis padres no supimos nada más, tan solo que poco después de todo aquel escándalo, vendieron cuanto tenían y dejaron Arsolla. Mejor para mí, el solo hecho de poder encontrármelos en cualquier sitio me ponía de mal humor, y es que no quería saber nada de ellos, ya que no tuvieron la más mínima decencia de preocuparse por lo que yo estuve viviendo en esa casa.

Kyle y yo nos casamos, una boda a la que no faltaron ni su hermano Kevin ni mis dos únicos familiares, tía Grace e Ian.

Como habíamos hablado, empezamos con los trámites para la adopción de nuestros hijos, y fue

así como formamos nuestra familia, con tres preciosos niños a los que adoptamos.

Eran tres hermanos que se habían quedado sin padres dos años antes. Cuando conocimos al más pequeño, Ryan de tres años, nos enamoramos de él.

Nos contaron que tenía dos hermanos más, Phoebe, de cinco años, y Lewis de siete. Fuimos a verlos, y con tan solo unos minutos a su lado, supimos que no podíamos separarlos y que queríamos que tuvieran una vida llena de sonrisas, alegrías y amor.

Lewis fue un amor en cuanto llegó a casa con nosotros, siempre nos agradecía que les hubiéramos dado un hogar a él y a sus hermanitos pequeños, ya que no quería separarse de ellos.

Mucha gente que adopta busca un solo hijo de primeras, incluso en ocasiones quieren que sean bebés.

Yo no iba a separarlos, quería que siguieran juntos y así fue como les dimos el hogar en el que viven con nosotros desde hace siete años.

A Lewis le encantan los caballos, Ryan está siempre correteando y jugando con los perros y a Phoebe, lo que más le gusta es estar conmigo en el huerto.

Nos les falta de nada, nos encargamos de darles una buena vida además del cariño y el amor que tanto Kyle como yo, tenemos para ellos.

Incluso Ian y mi tía Grace les consienten. Cada vez que vienen de visita les traen algún regalo, pero, sobre todo, los quieren como si de sobrinos y nietos respectivamente se tratasen, y así es como los llaman mis hijos, tío Ian y abuela Grace.

Mi primo encontró el amor en la veterinaria que venía a visitarnos a la finca para atender a los perros con sus vacunas y demás,

En uno de esos días en que mi tía y él vinieron a vernos, tocaba la revisión de nuestra yegua y puedo asegurar que el flechazo fue instantáneo.

Casey, la veterinaria, tiene mi edad, llevaba viviendo en Arsolla apenas un par de años cuando la contactamos para que viniera a ver a uno de los perros que había enfermado y no queríamos moverlo de casa, congeniamos muy bien y como ella estaba sola en la ciudad, le ofrecí nuestra casa siempre que quisiera pasar una tarde desconectando del trabajo, y eso solía hacer.

Me mandaba un mensaje o me llamaba y yo la recibía con los brazos abiertos y un café. Ella traía los pasteles.

Mis hijos la adoraban porque, como ellos decían, era la doctora que cuidaba de sus amigos, así que se convirtió en una más de la familia en apenas unos meses.

Y cuando mi primo se quedó prendado de ella, no paró hasta conseguirla, y es que ella venía de pasar por la pérdida de su novio de toda la vida, con el que iba a casarse y un accidente se lo llevó siendo demasiado joven.

Mi primo tuvo con ella la misma paciencia que Kyle conmigo, cosa que me hacía inmensamente feliz porque sabía que Ian, era un hombre encantador, cariñoso y que daría la vida por las personas a las que quiere.

Ahora tengo una sobrinita, una niña adorable que hoy cumple tres años y es la muñeca de la familia, y mi tía se muere por ella. Es la niña de sus ojos, esa que, junto a mis hijos, le devolvió la sonrisa después de mucho tiempo.

Ahora, me encanta ver la casa llena de gente, tener mi familia y disfrutar con ellos de esos momentos de felicidad y alegría que nos regala la vida.

Ian no fue el único en formar familia, mi cuñado Kevin se enamoró de Tracey, una preciosa mujer de piel color café con leche que empezó a trabajar con él en su restaurante. Ella era madre soltera, de un par de gemelas de tres años que eran de lo más guapas y cariñosas, Sonya y Tessa.

Ahora tenían cinco años, llevaban uno y medio las tres en la familia y también iban a venir al cumpleaños de su prima Kely.

Mi familia había crecido en estos años como no creí nunca posible que lo hiciera.

—Mamá, ¿cuándo vienen los tíos y la abuela con Kely? —me preguntó Ryan.

—No tardarán mucho. ¿Por qué, cariño?

—Es que quiero que la prima vea ya su regalo. Sé que le va a gustar mucho.

Sonreí al escuchar a mi hijo pequeño y es que tenía razón, a la muñeca de la familia le encantaban los perros, cada vez que venían a la finca se pasaba todo el tiempo que podía jugando con ellos y con Ryan.

Los perros la adoraban, eran de lo más protectores con ella al verla tan pequeña, como habían hecho con él y sus hermanos.

Una de las perritas acababa de tener cachorros un mes antes, alguno de ellos ya lo habíamos dado en adopción, como me gusta decir cuando teníamos una nueva camada, pero nos quedaban dos preciosos machos que quisimos que fueran para Kely.

Ni mi primo, ni Casey, sabían que nos habíamos quedado con ellos para que se los llevaran, pero sabíamos que les haría ilusión puesto que les gustaron mucho cuando los vieron nacer.

Kyle y Lewis venían de dar de comer a los caballos, y Phoebe se cruzó con ellos cuando salía del huerto de recoger unos tomates para preparar la ensalada, además de manzanas para hacer un pastel y en eso estábamos todos, en las tareas de cocina, cuando llegó el resto de la familia.

Ryan fue el primero en salir corriendo a recibirlos, mi tía le dio un abrazo y mi primo lo cogió para sentarlo sobre sus hombros como hacía desde que apenas les llegaba a las rodillas. Ahora que tenía diez años y seguía encantándole que su tío le cogiera así.

—Hijo, que ya eres muy mayor para eso —le dije cuando llegaron a la entrada a la casa.

—Déjale, prima, si sabes que me encanta ser su tío favorito.

—Bueno, tú eres el favorito que le da lo que yo le niego, luego tiene a su tío favorito que le consiente más de lo que debería. Para qué engañarnos, Ian, entre tú y mi cuñado tenéis a mis hijos de lo más consentidos —negué volteando los ojos.

—Y no te olvides de la abuela —me señaló a su madre con un leve gesto de la cabeza.

—¿Qué pasa con la abuela? Toda la vida hemos sido nosotras las encargadas de consentir a los hijos de nuestros hijos.

—Claro que sí, suegra, que el mundo sería muy distinto si no existieran las abuelas, y los abuelos.

—En este caso, mi querida nuera, el abuelo mejor que no aparezca.

Y tenía razón, porque ninguno quisimos saber nada de Lorenzo, que actualmente y a sus setenta y seis años sigue siendo el Rey de Arsolla. Solemos comentar que, con tal de no pasarle la corona a su heredero, es capaz de vivir más de cien años.

Y no digamos de mi padre que, si no quiero verle formar parte de mi vida, mucho menos de la de mis hijos.

Ni quince minutos llevaban en casa y apreció Kevin con sus tres chicas. Las niñas como siempre fueron un amor, repartiendo besos y abrazos a sus tíos y primos, incluso a su abuela Grace.

Sí, éramos una gran familia, y yo daba gracias por tenerla, por compartir mis días con ellos.

—Cuñada, sé que es el cumpleaños de tu sobrina, pero... —Miré a Kevin que entraba por la puerta de la cocina mientras preparaba la tarta con las velas para Kely.

—¿Qué pasa, cuñado? —pregunté arqueando una ceja.

—Pues que me gustaría poder dar una noticia, si no te importa.

—¿A mí? ¡Qué me va a importar! Pero, ¿has hablado con los padres de la anfitriona?

—Sí, y me han dicho que lo que diga la Princesa Alice —contestó haciendo una reverencia con la que se ganó una colleja de mi tía que aparecía en ese momento.

—¡Auch! Tía Grace, eres pequeñita, pero...

—Cuidado con lo que vas a decir, jovencito.

—Nada, nada. Bueno, me llevo el champán —Kevin cogió la botella y algunas copas, el resto se las llevó mi tía.

Yo salí con la tarta y empecé a cantar el cumpleaños feliz para que todos me siguieran.

La muñeca de la familia sonreía y aplaudía mientras cantaba, a su manera, junto al resto de nosotros.

—¿Le podemos dar ya el regalo, mamá? —preguntó Ryan, asentí y fue corriendo a por ellos.

Cuando regresó, en cuanto Ian y Casey vieron los cachorros, se emocionaron. Y no digamos Kely, que se sentó a jugar con ellos.

Después del brindis por mi sobrinita, mi cuñado Kevin se puso en pie y le cogió la mano a Tracey, que sonrió mientras asentía.

—Bueno, hermano, cuñada, familia, porque eso es lo que sois todos los que estáis hoy aquí. Desde hace ocho años que Alice llegó a la vida de mi hermano, es mi chica. Lo siento, Kyle, pero intenté que nos fugáramos el día de vuestra boda y no quiso. Chicos, vuestra madre se quedó con el hermano viejo.

Reímos todos ante su ocurrencia, pero es que así era él, poniendo ese punto divertido a todo lo que hacía o decía.

—Tío Kevin, te queremos mucho, pero no cambiamos a nuestro padre por ningún otro —dijo Lewis, consiguiendo que se me saltaran las lágrimas.

Y es que mi hijo mayor tenía una conexión especial con Kyle, el tipo de vínculo que un hombre puede tener con su hijo y que sabes que siempre podrán contar el uno con el otro.

—Gracias, hijo —Kyle le dio un abrazo y Lewis, lejos de sentirse incómodo o avergonzado como muchos adolescentes de catorce años, correspondió a ese abrazo con un amor increíble.

—Es cierto, sobrino —miré a Kevin y no quitaba ojo a su hermano—. Tu padre es el mejor para llevar ese título con orgullo. Apenas es unos años mayor que yo, pero siempre estuvo cuando lo necesité, como sé que habría estado vuestro abuelo. Mi hermano es como él, y me alegra saber que vosotros sois su mayor tesoro, junto con vuestra madre.

—Me estás haciendo llorar, Kevin —escuché a mi tía, la miré y estaba secándose las lágrimas.

—Lo siento, tía Grace. Bueno, a ver si esto te saca una sonrisa. Tracey y yo estamos esperando un bebé.

—¡Oh, por Dios! ¡Felicidades! —gritó mi tía, que fue directa a abrazarlos a los dos.

—Muchas gracias, tía —contestó mi cuñado.

Besos, abrazos, palmadas en la espalda, felicitaciones y varios brindis siguieron a esa gran noticia.

Estábamos tomando café, sentados en los sofás con la tele puesta mientras los niños jugaban afuera con los cachorros que le habíamos regalado a mi sobrina, cuando contaron una noticia de última hora.

—*El avión en el que viajaba el Rey de Arsolla, Lorenzo Russ, sufrió un accidente hace apenas dos horas y tan solo se ven en el lugar del siniestro los restos de la nave. El avión, ocupado por seis miembros de la tripulación, el rey, su secretario, y dos de sus consejeros,*

regresaba a Arsolla tras haber estado Su Majestad en una de sus muchas visitas a otros países siguiendo con su agenda. Aún no se saben las causas exactas que provocaron el accidente, pero sí podemos confirmar que, desgraciadamente, ninguno de sus ocupantes ha sobrevivido al impacto.

Me quedé destemplada después de escuchar eso. Miré a mi tía y vi que se le escapaba alguna que otra lágrima, que se apresuró a secar. Le cogí la mano, me miró con una sonrisa y dándome a entender que estaba bien.

Por mucho que ese hombre la hubiera hecho daño casi cincuenta años atrás, en lo más profundo de su alma seguía queriéndolo, aunque fuera un poquito.

Mi primo le cogió la otra mano, ella lo miró y ambas manos nuestras junto con las suyas, las llevó a sus labios para dejar un beso en cada una.

—Sois mi mundo, siempre lo seréis, los dos. El hijo que el amor me trajo, y la hija que el destino me tenía guardada, esperándome para poder pasar los últimos años de mi vida con ella. Os quiero, de verdad, os quiero con toda mi alma —nos abrazó a cada uno bajo un brazo y nos besó la frente, como había hecho tantas veces en esos ocho años.

En las noticias siguieron hablando de que los funerales de estado serían en un par de días, y ya comentaban que el sobrino de la Reina Amelia y heredero de la corona del fallecido Rey Lorenzo, debería aceptar el cargo en cuestión de una semana.

Es increíble las vueltas que puede dar la vida, alguien que lo tiene todo lo puede perder por una mala decisión o un comportamiento inadecuado, pero cada uno nacemos con el destino escrito. A veces podemos cambiarlo y hacer que nuestro camino en la vida vaya cómo y por donde nosotros queramos. Eso hice yo.

Desde antes de nacer mi destino era ser princesa, desde la cuna me prepararon para ello, pero nadie contaba con que viviría un infierno que no deseaba ni a mi peor enemigo.

El dolor de la Princesa Alice fue noticia en el mundo entero, y el amor que me entregó el hombre a quien habían contratado para protegerme fue el que sanó todas y cada una de mis heridas.

Puede que el destino esté escrito, pero es de cada persona de quien depende que elijamos el mejor camino para nuestro futuro.

¿El mío? Junto al hombre que, con paciencia, amor y dolor, me dio lo que tengo hoy: la vida que siempre soñé.